

Presentación

El ISO tiene la costumbre de publicar alguna reflexión sobre el trabajo, su mundo y sus circunstancias, coincidiendo con la fiesta del 1 de Mayo. En ocasiones hemos dado a conocer, no nuestras propias reflexiones, sino artículos o ponencias que nos han parecido de interés.

Este año hemos recogido manifestaciones de obispos españoles, y de movimientos obreros cristianos, de los últimos años. No podemos reflejar todo lo que han dicho nuestros obispos que ha sido mucho; simplemente hemos recogido una muestra. Hemos añadido también la declaración de obispos de América Latina y el Caribe sobre “una práctica empresarial socialmente responsable”.

Esto nos demuestra la preocupación de la Iglesia por el hombre, su desarrollo integral y sus actividades, incluyendo su vida social y sus relaciones.

El trabajo humano, como afirma la Doctrina Social de la Iglesia, no es un mero producto del, o para el, sistema económico; el trabajo humano es la cooperación de los hombres, y de las mujeres, en la obra de la creación y como tal colaboradores de Dios completando su creación. Ese trabajo debe servir al desarrollo integral de la persona, trabajo en servicio de la comunidad y para la obtención de bienes y servicios que faciliten la vida del que realiza el trabajo y de todos los miembros de la comunidad. Esa colaboración que Dios ha querido no la puede suprimir el hombre, ni solo ni como comunidad, y debe hacer todo lo posible para que todo el mundo pueda acceder a realizar ese trabajo.

Por la relación entre trabajo y familia hemos añadido como anejo un documento sobre familia y trabajo del Cardenal Oviedo Cavada, ya fallecido, y que fue arzobispo de Santiago de Chile. También hemos recuperado en el anejo, por su interés, un artículo que escribió el sacerdote Antonio Andrés, amigo del ISO, que nos dejó hace un año; y cuyas reflexiones nos han parecido bien como cierre de este documento y recoger como broche de esta presentación uno de los párrafos de su artículo escrito para el 1 de mayo de 2004 : ” Por supuesto que buscar el Reino de Dios y su justicia tiene que ver con la comida, el vestido, el techo. Dios no quiere reinar sobre espíritus puros, ni siquiera sobre ascetas o chamanes, sino sobre personas de carne y hueso, sobre seres de necesidades que han de ser satisfechas. *En la tarde de la vida* –dice San Juan de la Cruz- *nos examinarán del amor*, en clara alusión al texto evangélico del juicio de las naciones. Es mentira el amor que no comparte la comida con el hambriento, ni el agua con el sediento, ni el vestido con el desnudo, ni la salud con el enfermo, ni la libertad con el preso, ni el hogar con el inmigrante. No como limosna desde arriba sino como satisfacción de una deuda entre iguales.”

Consejo Rector del ISO

1 de Mayo de 2010

INDICE

PRESENTACIÓN	1
EL DERECHO AL TRABAJO	3
LLAMADA A LA SENSIBILIDAD, FRATERNIDAD Y SOLIDARIDAD, ANTE EL CLAMOR DE LAS FAMILIAS SIN TRABAJO.	5
DIOS ESTÁ AL LADO DEL INMIGRANTE E ITINERANTE	8
CLAMOR DE LAS FAMILIAS ANTE LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y EL PARO	10
EL MUNDO DEL TRABAJO	15
UN NUEVO ENFOQUE A LA GLOBALIZACIÓN	17
EL AMOR DE JESUCRISTO NOS APREMIA. 8 DE MARZO, DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER TRABAJADORA.	18
POR UNA PRÁCTICA EMPRESARIAL SOCIALMENTE RESPONSABLE EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE	19
SECRETARIADO DIOCESANO DE PASTORAL OBRERA. DIÓCESIS DE MÁLAGA	21
GESTO PÚBLICO DE SOLIDARIDAD Y DENUNCIA ANTE LA SINIESTRALIDAD LABORAL.	21
PRIMERO DE MAYO ¿QUÉ ESTÁ EN CRISIS Y QUIÉNES LA PAGAN?	21
COMUNICADO DE MTC, HOAC Y JOC	24
¿CÓMO ESTÁ AFECTANDO LA SITUACIÓN ACTUAL DE CRISIS A LAS MUJERES? DÍA DE LA MUJER TRABAJADORA; 8 DE MARZO DE 2009	25
FÁTIMA Y MOHAMED, UN EJEMPLO DE LUCHA CONTRA LA CRISIS	26
ANEJO	28
TRABAJO Y FAMILIA. CARD. OVIEDO CAVADA	28
¿TEOLOGÍA DEL TRABAJO? ANTONIO ANDRÉS	34

El derecho al trabajo

Monseñor Amadeo Rodríguez Magro; Obispo de Plasencia

29 de Abril de 2009

Aunque la Doctrina Social de la Iglesia es una herramienta esencial y ordinaria en la vida cristiana, que hay que conocer y manejar como el catecismo, de vez en cuando hay que acudir a ella y actualizarla, al hilo de situaciones humanas y sociales. Al entrar en su contenido, unas veces buscamos en ella los principios fundamentales que sostienen el derecho a la vida, otras nos reafirmamos en la doctrina sobre el matrimonio y la familia y, en ocasiones, se busca orientación para resolver otras cuestiones sociales, como, por ejemplo, las relaciones laborales. Y es que la vida cristiana es integral, nunca es selectiva, es decir, no se insiste en unas cuestiones ignorando las demás.

En tiempo de crisis social y económica, toca insistir en uno de los derechos fundamentales de la persona: el derecho al trabajo, aunque sin olvidar otros aspectos esenciales de las relaciones laborales. Cuando se anuncia que el paro en España ha superado la temida cifra de cuatro millones, y cuando se constata ese tremendo problema en nuestro entorno social más cercano, afirmar la doctrina de la Iglesia sobre el trabajo es un deber pastoral fundamental, porque se está hablando de algo que afecta a la persona humana, a la familia y al bienestar mismo de la misma sociedad. Como cualquier mensaje evangélico, también proclamar el derecho al trabajo ha de ser anunciado a tiempo y a destiempo; pero, en este momento, hay una ocasión propicia para hacerlo, y no es sólo el crecimiento del paro. En efecto, la fiesta de San José Obrero, establecida por la Iglesia para el día uno de mayo, es un referente que tenemos los cristianos para anunciar y contemplar con ojos de fe el derecho esencial al trabajo; pues de todos es sabido que San José, trabajador de Nazaret, como padre y educador de Jesús, le enseñó a trabajar con sentimiento y manos de hombre y, por eso, es uno más entre los trabajadores.

Con este motivo, una vez más es necesario recordar algunas afirmaciones esenciales: “El trabajo es un derecho fundamental y un bien para el hombre; es un bien útil, digno de él, porque es idóneo para expresar y acrecentar la dignidad. El trabajo es un bien de todos, que debe estar disponible para todos aquellos capaces de él”. Estas serían, según el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, algunas de las consideraciones que anteceden a cualquier otra en torno al trabajo humano. El derecho esencial al trabajo es, por tanto, la preocupación básica de la Iglesia. Al afirmar ese derecho natural, los cristianos no nos olvidamos, por supuesto, de las raíces bíblicas del trabajo ni somos ajenos a su fuerza santificadora. De todos es sabido, en efecto, que el trabajo diario es fuente de santificación para aquellos que realizan sus responsabilidades laborales cotidianas conscientes de que son cooperadores de la obra de la creación y, además, saben que, por el trabajo, participan también en la obra redentora de Jesucristo, el Hijo de Dios.

Esta dimensión positiva del trabajo se pone también especialmente de relieve en tiempos de crisis. Por un lado, es evidente la inmensa ola de solidaridad que está emergiendo en este mar de problemas que tiene a los trabajadores como los principales afectados por la crisis financiera. En torno a ellos, personas individuales e instituciones, de un modo especial en el seno de la Iglesia católica, están poniendo lo mejor de sí mismos para ayudar a las familias, víctimas fundamentales de esta situación. Incluso en los mismos colectivos de parados crece la solidaridad interna con múltiples formas de ayuda mutua. En estos tiempos difíciles estamos asistiendo a un extraordinario despertar de lo que el Siervo de Dios Juan Pablo II llamó la “imaginación de la caridad”.

Y, junto a la solidaridad, el paro está también favoreciendo que fragüe un nuevo sentido crítico sobre los modelos de hacer política y de manejar la economía. Y, naturalmente, descendiendo de nivel hasta nosotros, hombres y mujeres de a pie, también empiezan a estar muy cuestionados los modelos de vida de los ciudadanos. En tiempos de crisis se revisan y renuevan los valores y, en la

actualidad, son cada vez más los que apuntan a los que no nos sirven, porque nos han llevado a la catástrofe; y, sobre todo, orientan hacia donde hemos de ir. Todos coinciden en poner de relieve que hay que acabar con la insolidaridad, la codicia y con el despilfarro; y todo indica que hay que ir hacia la sobriedad, la austeridad, la generosidad y el servicio a los más pobres.

En fin, que trabajar y hacerlo dignamente es, a día de hoy, una necesidad que cada vez le va faltando a más hombres y mujeres. Por eso, desde la fe, le pedimos a San José obrero, intercesor de todos aquellos que cuidan a su familia con el trabajo, que interceda a Dios nuestro Señor para que promueva en el corazón de los hombres la construcción de un mundo más justo, en el que se cuide especialmente el bien común por la creación de empleo.

Plasencia, uno de mayo de 2009.
+ Amadeo Rodríguez Magro
Obispo de Plasencia

Llamada a la sensibilidad, fraternidad y solidaridad, ante el clamor de las familias sin trabajo.

Monseñor Antonio Ceballos Atienza. Obispo de Cadiz y Ceuta

Ante el día 1 de Mayo, de 2009

Festividad de San José Obrero y día de los trabajadores

Mis queridos diocesanos:

La fiesta de San José Obrero, el día 1 de Mayo, y fiesta del trabajo de cuantos se esfuerzan como asalariados o autónomos por hacer un mundo más humano en los distintos ámbitos laborales (agricultura, pesca, ganadería, industria, servicios y hogar) nos invita a cumplir esta celebración litúrgica y social. También deseo, una vez más, hacerme eco de la situación, necesidades y angustias de los que no tienen trabajo.

1. Riesgo a permanecer insensibles

La Iglesia se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia participando de los gozos y de los sufrimientos de la comunidad humana en la que vive inserta. Por ello, no puede permanecer insensible a los grandes problemas humanos como éste, de la tremenda situación global económica y del paro, que tan gravemente afecta a nuestra sociedad.

Nuestra Iglesia diocesana tampoco puede permanecer ajena a este problema y, aunque compruebo con satisfacción que a través de las Parroquias, Caritas, Movimientos y Hermandades estáis prestando vuestra colaboración, no podemos quedar insensibles ante tanta tragedia humana provocada por la falta de trabajo.

2. Demos gracias a Dios

Van llegando las notificaciones en las que se expresa el compromiso personal de ayuda. Es, pues, ya una realidad consoladora el camino que conduce a compartir los bienes entre los hermanos. Os felicito y me felicito, y en nombre propio y de aquellos otros compañeros o familias que perciben estas ayudas, os lo agradezco y os invito a que demos gracias a Dios por haber dado este paso de comunión fraterna, de solidaridad y de generosa ayuda a muchos parados y a sus familias. Y aunque sabemos que estas colaboraciones son todavía insuficientes dada la magnitud del problema, ¡muchas gracias por vuestra contribución!

3. Cruda realidad del número de parados

La cruda realidad es que el número de parados crece cada día más. Ya existen más de 4 millones de parados en España. Por lo que se refiere a la provincia de Cádiz el número de parados actualmente son cerca de 215.000, correspondiendo a nuestra Diócesis cerca de 110.000. Por otra parte, de los desempleados de la provincia, cerca de 20.000 han dejado de cobrar el paro en este primer trimestre del año porque se ha agotado el tiempo establecido para la cobertura de la prestación. Es verdad que estas cifras, como todas las estadísticas, son señales de una tremenda realidad, pero detrás de esas cifras hay seres humanos de carne y hueso con angustiosos problemas en muchos hogares cristianos.

4. Despertar las conciencias y ser solidarios

Una situación así nos impulsa a cumplir con nuestro deber de llamar a la solidaridad, a despertar las conciencias, a fin de que la larga situación de la crisis económica y del paro no produzca un estado de *insensibilidad*. Debemos interpelar la responsabilidad de los que pueden crear empleo y no lo hacen por motivos poco claros. Hay que estimular, desde motivaciones humanas y cristianas, el invertir en lugar de acumular, el ahorrar en lugar de consumir, el moderar las aspiraciones

indebidas en beneficios y salarios, y ayudar directamente a los más débiles. Resignarse a que una gran parte de la humanidad carezca de manera crónica de trabajo sería aceptar programáticamente la deshumanización de parte de la sociedad. El trabajo humaniza al hombre, como nos recordó el Papa Juan Pablo II en la Encíclica *Laborem exercens* (1981), mientras que la carencia de trabajo degrada a la persona.

5. Profunda crisis de dimensión ética

El fenómeno actual del paro, por su amplitud y complejidad, por su aumento constante, por su dependencia de los profundos cambios y modificaciones por los que atraviesa la economía y la tecnología a nivel mundial, es sin duda el problema económico número uno de nuestra sociedad.

Pero es, también, síntoma de una profunda crisis de dimensión ética: *falta de sensibilidad y solidaridad*. Y sería grave que consideremos inevitable o imposible de superar esta situación; que nos acostumbremos a vivir en esta realidad; que perdamos, incluso, la esperanza en un orden social y económico más justo y fraterno.

La situación de crisis y de paro es una realidad que nos interpela a todos sin excepción. Nadie puede ignorar la gravedad del problema; nadie puede limitarse a trasladar a otros la responsabilidad de este grave fenómeno; nadie debiera descargar en los demás el compromiso de promover y buscarle arreglos; nadie debería huir de los sacrificios que su solución, indudablemente, exige a todos. Es el momento en que debemos sentirnos obligados, especialmente los cristianos y las personas de buena voluntad.

6. Preocupación universal

Permitidme, pues, que os recuerde y trasmita la preocupación de la Iglesia universal y en particular la del Papa Benedicto XVI, la de los Obispos y la mía propia, por la desgarradora situación de tantos hombres y mujeres, con sus respectivas familias, sin trabajo ni subsidio, privados de los más elementales recursos mientras, en otros lugares o incluso a su lado, otros malgastan o derrochan lo que aquellos necesitan.

En mi reciente Carta Pastoral de Cuaresma ("*Cuaresma, camino de amor y compromiso cristiano*") os invitaba e impulsaba a dar una respuesta a partir de vuestras posibilidades por los más pobres y necesitados y, a la vez, os pedía que fuéramos conscientes de que nuestras vidas deberían tener un cambio radical hacia la sobriedad, la solidaridad y el compromiso.

7. Identidad cristiana y calidad de compromiso

Podemos pensar que hay una gran desproporción entre nuestras posibilidades y la magnitud del problema, pero es en estos momentos, como en ocasiones semejantes, cuando se pone de manifiesto la significación más original de nuestra identidad cristiana, la calidad de los compromisos y la aportación que nuestra esperanza cristiana pueda prestar a la sociedad.

Al dirigiros esta nueva exhortación al comienzo del mes de mayo, permitidme compartir con vosotros una experiencia: la fe nos ayuda a reconocer los profundos lazos cristianos existentes entre nuestra fraternal solicitud por los parados y el filial afecto a la Virgen María y su esposo san José obrero.

8. ¿Qué tenemos que seguir haciendo?

Volvemos a preguntarnos: ¿Qué hemos de hacer?, o mejor, ¿qué tenemos que seguir haciendo? Somos conscientes que la solución de la crisis económica profunda y global en la que estamos insertos, y la del paro en concreto, supera en mucho nuestras posibilidades reales como Iglesia Diocesana. No obstante, estamos convencidos de que podemos hacer mucho más de lo que estamos haciendo.

Como modesta aportación y siguiendo las propuestas y compromisos que asumimos, expresadas en la Carta Pastoral de Cuaresma, añadiría que tendríamos que *evitar la tentación de perder la sensibilidad y la solidaridad*. No podemos caer en esta tentación.

9. Compromiso personal y comunitario

Pido a todos los diocesanos y gentes de buena voluntad a que apoyen y hagan efectivo su compromiso personal y comunitario de sensibilización, solidaridad evangélica y formación de la conciencia social, con el estudio y reflexión de la Doctrina Social de la Iglesia.

En mi ya citada Carta Pastoral, al proponer los objetivos a seguir en nuestros posibles compromisos, me refería a la necesidad de impulsar y consolidar los logros alcanzados en coordinación con nuestra Iglesia Diocesana, tanto en la zonas pastorales, como en los arciprestazgos, movimientos e instituciones.

10. Llamada a la esperanza

Aunque la situación y extensión de la crisis económica y del paro pueda generar desesperanza, *los cristianos tenemos la responsabilidad moral de ser germen de esperanza en la sociedad*.

Os envío esta exhortación ante el día 1 de mayo de 2009, tiempo pascual y mes dedicado a Santa María Virgen, amanecer de la nueva creación, lucero que despunta reflejando la luz de Cristo en un mundo sumergido en las tinieblas del desorden y del pecado.

Que Ella, la Virgen pobre de Nazaret, haga que comencemos siempre de nuevo, sin desfallecer, en la lucha por la justicia en el mundo. Que consiga que en nuestro corazón sobresalga siempre la esperanza frente a toda tentación de desánimo y desencanto, y que la esperanza se traduzca en realizaciones concretas de solidaridad.

Que el Espíritu Santo bendiga y fecunde nuestras intenciones y proyectos en sintonía con los deseos y esperanzas de nuestros hermanos parados.

Y que nuestra alegría y mi alegría sea en estas Fiestas de Pascua de Resurrección más plena porque sea la alegría de muchos más.

Reza por vosotros, os quiere y bendice,

+ Antonio Ceballos Atienza

Obispo de Cádiz y Ceuta

Cádiz, 24 de abril de 2009.

DIOS ESTÁ AL LADO DEL INMIGRANTE E ITINERANTE

Monseñor Ramón del Hoyo López. Obispo de Jaén

28 de septiembre de 2009

Dios, ciertamente, es trascendente, pero se fija en el necesitado y nos invita a estar con él. Leemos en el salmo que aleja su rostro del soberbio y se fija en el humilde (cf. Salmo 137, v. 6).

La aceituna comienza a madurar y serán ya muchas las personas que miran y piensan en los olivares de Jaén. Como en anteriores temporadas, sin conocer cuantos ni como, llegarán con la esperanza de un trabajo temporal. Ese sería su objetivo y deseo. Y, ¿que van a encontrar? Al menos personas cercanas para apoyarles. No son una mercancía o una mera fuerza laboral, son trabajadores.

1. Fenómeno complejo

El hecho migratorio encierra una realidad humana tan antigua como el mismo hombre. Cada época, cada territorio, su realidad social, el mercado de trabajo y otros factores, con frecuencia muy complejos, inciden de una forma u otra en este fenómeno.

Baste pensar, por ejemplo, en las diferencias existentes: entre el estudiante que acude a otro país para completar estudios, una madre de familia obligada a desplazarse para ganar el pan para sus hijos, el refugiado, el indocumentado que necesita comer o el menor que arriesga su vida sin apenas saber por qué y para qué.

Hoy, además, nos encontramos con una importante novedad: la presencia de la mujer inmigrante por motivos económicos. Si hasta hace poco tiempo eran los varones quienes se desplazaban a otros países, en muy pocos casos acompañados de su familia, hoy es la mujer quien, con frecuencia, toma la iniciativa de buscar un empleo para ayuda de los suyos.

Escribe Benedicto XVI sobre las migraciones en su reciente Carta Encíclica del pasado 29 de junio de este año, que “es un fenómeno que impresiona por sus grandes dimensiones, por los problemas sociales, económicos, políticos, culturales y religiosos que suscita y por los dramáticos desafíos que plantea a las comunidades nacionales e internacionales” (Carta Enc. Caritas in veritate, 62).

2. Riesgo, sufrimiento y agradecimiento

A nadie se le escapará pensar en el riesgo y peligros que entrañan estas situaciones, desde la aceptación de cualquier trabajo con remuneraciones a veces injustas y en situaciones ilegales, hasta sucumbir ante mafias que, sin escrúpulo alguno, llegan hasta su explotación delictiva e inmoral.

“Todos podemos ver, escribe el Pontífice actual, el sufrimiento, el disgusto y las aspiraciones que conllevan los flujos migratorios” (Ibid., 62).

Pensemos lo que puede suponer como desgarrón humano, dejar su patria, sus costumbres, la propia lengua, la familia... y sumergirse en un mundo completamente nuevo y desconocido. Imaginemos que supondrá llegar a otro país sin saber donde hospedarse, sin trabajo, sin conocer su lengua. Como debe agradecerse en estas situaciones la palabra, el gesto amable y acogedor; que alguien se preocupe por darnos de comer y vestir; que se nos ayude y oriente para encontrar un trabajo justamente remunerado; disponer de unos mínimos recursos para desplazarnos de estación en estación...!

3. Unamos esfuerzos

Como cristianos y como ciudadanos no podemos conformarnos con mirar para otra parte o escaparnos de esta realidad. Es mucho lo que podemos hacer unidos y, de hecho, así viene haciéndose las más de las veces.

Nos alegran las noticias de la Sra. Delegada de Gobierno en el sentido de que “podrán hacer uso de los albergues para temporeros todos los inmigrantes que lleguen a la provincia” y de que “hay que prestar ayuda humanitaria a todos los que vengan de fuera”. Y que el Foro Provincial de Inmigración ya “haya acordado con todos los ayuntamientos que estén preparados para principios del mes de noviembre”.

Las organizaciones de la Iglesia Diocesana quieren también secundar y sumarse a estos u otros esfuerzos y propuestas. Así viene programándose año tras año con realismo y mucho amor. Conozco la respuesta generosa de personas anónimas, de grupos y familias, de muchos voluntarios que aportan gratis su tiempo y recursos. En cada comunidad parroquial, por pequeña que sea, se aprecia un despertar progresivo de apoyo incondicional a estas personas necesitadas, a pesar, muchas veces, de sus escasos recursos y posibilidades.

Ójala esta inquietud, que es amor, vaya en aumento! Ojala estuviera en nuestras manos crear puestos de trabajo para todos!

4. “Caridad creativa”

S., podemos y debemos unir nuestras manos y corazones a favor de una “caridad creativa” que promueva leyes cada vez más humanas. Una “caridad por el bien común” para acercarnos a todos con amor, de igual a igual. Pensemos que son personas como nosotros, que reclaman pan, trabajo, vestido para calentarse, techo donde cobijarse, pero, sobre todo, cariño y comprensión.

Es momento de abrir las cáritas, programar con antelación e imaginación esfuerzos... Recordemos los cristianos aquellas palabras del Evangelio: “No todo el que dice .Señor! .Señor! se salvará, sino el que hace la voluntad de mi Padre”, y la voluntad de Dios, manifestada por su Hijo Jesucristo, no es otra que el programa de las Bienaventuranzas.

Nuestra mirada se dirige a los pobres que luchan con valentía para ganarse el pan con dignidad, preocupándose por su familia y por las necesidades de sus hermanos.

Invito a todos a escuchar su grito sin palabras, y a intensificar nuestra solidaridad.

Con mi saludo agradecido,

Ramón del Hoyo López. Obispo de Jaén

CLAMOR DE LAS FAMILIAS ANTE LA SITUACIÓN ECONÓMICA Y EL PARO

Monseñor Antonio Ceballos Atienza. Obispo de Cadiz y Ceuta (1/5/2008)

Ante el día 1 de Mayo de 2008 festividad de San José Obrero y de los trabajadores, clamor de las familias ante la situación económica y el paro:

Mis queridos diocesanos: Os escribo esta carta con el deseo de compartir con vosotros mi reflexión, con ocasión de la festividad de San José Obrero y del día de los trabajadores, que celebramos cada 1 de mayo.

Este año en el que pastoralmente venimos trabajando prioritariamente por la situación de la familia en nuestra diócesis, os comunico lo que con vosotros he oído, aprendido y vivido, y cómo es necesario abrir caminos de esperanza para dar una respuesta a la situación de la familia.

1. Sinceros sentimientos de fraternidad y solidaridad

En primer lugar, deseo transmitir a todos los trabajadores, a sus familias, a las amas de casa, a cuantos angustiosamente desempleados buscan trabajo, a quienes están de baja laboral por accidente o enfermedad, y a quienes gozan de su merecida jubilación, mis sinceros sentimientos de fraternidad y solidaridad, con el propósito de proclamaros el Evangelio de la esperanza.

2. Aproximación a la situación actual

Vivimos en unos momentos en los que el crecimiento económico que parecía que iba a poner pronto a todos a las puertas del bienestar, por desgracia no ha sido así. Para muchos la esperanza de progreso se ha convertido en desilusión y los datos sobre la pobreza cuentan por millones los seres humanos que en otros continentes pasan por el camino angosto del hambre y la pobreza. Pero no sólo en el tercer mundo se encuentran los pobres. En España hace tiempo que se dice que son ocho millones. Nadie niega esta cifra. De cada cinco personas, una sufre los efectos de la pobreza, aquí, entre nosotros.

En nuestra sociedad opulenta muchos tienen el dinero fácil; otros luchan por unos salarios y pensiones de mantenimiento, y otros, no llegan a un mínimo de bienestar. Esta división no agrada a nadie y muchos tratan de silenciarlo y de que no llegue a la opinión pública. Las familias pobres no interesan y molestan a las conciencias. Ignorar a los pobres es el sedante de cuantos tienen un dinero fácil o de aquellos que practican el “sálvese quien pueda” porque ellos tienen a mano un salvavidas.

3. Algunos datos sobre la situación actual diocesana

La cruda realidad es que el número de parados no decrece en nuestra Diócesis de Cádiz y Ceuta. El trabajo pastoral que prioritariamente se está llevando a cabo sobre la situación de la familia nos arroja datos interpretativos que exponemos a continuación:

- Hay una alta tasa de desempleo, según los últimos datos: casi 30.000 en la Bahía de Cádiz y casi 23.000 en la zona del Campo de Gibraltar.
- Trabajos poco estables y contratos basura.
- Los trabajos son fundamentalmente en el sector secundario y terciario.
- Muy poco trabajo para los jóvenes. Esta circunstancia les obliga, en ocasiones, a emigrar.
- Las mujeres tienen menos posibilidad de puestos de trabajo.
- Muchos trabajos son de chapuzas y trapicheos, totalmente eventuales o de temporada.

- Se tiende a que trabajen los dos, el padre y la madre, para mantener la familia
- El desempleo obliga a la picaresca y a vivir de los subsidios, ayudas y economía sumergida.
- La falta de trabajo deteriora la natalidad (los abortos, etc.), la atención a los mayores, el envejecimiento de la población local por la marcha de los jóvenes de sus lugares de origen.
- Hay empleo sin contratos, sobre todo para las mujeres (limpiadoras, etc.).
- La falta de trabajo y los empleos precarios o de temporada inciden directamente en la estabilidad de las familias y en el cuidado de los hijos y mayores.
- Va aumentando el número de inmigrantes que se estabilizan. Entre ellos empieza a crearse bolsas de pobreza por no tener trabajo. Los trabajos que desarrollan son precarios y temporales en el sector servicio, acompañando a ancianos o a enfermos.
- Todos esos datos nos pueden hacer pensar e interpelar nuestras conciencias, pero lo más desgarrador, que podría ser evitado, es el hecho de los accidentes laborales: unos leves (26.324), y otros graves (295), pero los 38 mortales de toda la provincia nos hablan de otras familias destrozadas, que algunas veces quedan hasta desamparadas ante el futuro.

4. Despertar las conciencias

Detrás de esta breve descripción hay seres humanos de carne y hueso, y angustiosos problemas en muchos hogares cristianos.

Considero que no podemos aceptar una situación así. Debemos cumplir nuestro deber de llamar a la solidaridad, de despertar las conciencias, para que la larga duración de la crisis económica y del paro no produzca un estado de insensibilidad. Debemos interpelar la responsabilidad de los que pueden crear empleo y no lo hacen por motivos claros.

Hay que estimular, desde motivaciones humanas y cristianas, a invertir en lugar de acumular, a ahorrar en lugar de consumir, a moderar las aspiraciones indebidas en beneficios y salarios, a ayudar directamente a los más débiles. Hay que llamar la atención sobre el riesgo que corre la sociedad moderna a convertirse en una sociedad dual: por una parte por los privilegiados que gozan de un puesto de trabajo, por otra parte por los desafortunados que carecen de trabajo, aunque estos pudieran ser sostenidos por el conjunto de la sociedad. Resignarse a que una buena parte de familias carezca de manera crónica de trabajo, sería aceptar programáticamente la deshumanización de parte de la sociedad. El trabajo humaniza al hombre, como nos lo recuerda el llorado Juan Pablo II en la encíclica *Laborem exercens*, mientras que la carencia de trabajo degrada al hombre.

5. Familia y situación económica en nuestra Diócesis

- Hoy en la Diócesis existen muchos tipos de familias, pero predominan las de clase media-bajas, tanto en el nivel económico como cultural. Muchas familias son de pre-jubilados o jubilados con pensiones bajas. Algunos de ellos tienen a su cargo hijos pequeños y también adultos que no aportan medios a la economía familiar.

- Los ingresos familiares dependen de la zona de la Diócesis. Para los que tienen trabajo fijo oscila entre 800 y 2.000€ por persona y mes. Para muchas familias lo fundamental es la subsistencia del día a día. En algunas familias se agudizan los problemas económicos al tener en casa a personas mayores, enfermos, drogadictos, jóvenes que no encuentran trabajo...

- La vivienda. El coste de las viviendas es muy elevado para una economía normal. Hay muchas infra-viviendas. Los alquileres también son caros. Hay familias que comparten la vivienda (los padres y matrimonios jóvenes).

- De todas formas la familia sigue siendo el soporte social y económico más importante para la sociedad. Las subvenciones y ayudas de las instituciones sociales no llegan a remediar las carencias. En muchas familias la falta de formación de sus miembros favorece que los trabajos que encuentran sean precarios y transitorios. Las familias rotas, que cada vez son más abundantes, tienen más dificultades laborales. En muchas ocasiones es la mujer la que tiene que buscarse un trabajo para subsistir cuando llega la separación, y/o no recibe del cónyuge lo estipulado para el cuidado de los hijos. En muchos casos la pensión de los abuelos contribuye a la economía familiar.

6. El clamor de la situación económica de la familia llega hasta nosotros

El clamor de la situación económica de la familia llega a los cristianos que son hombres y mujeres solidarios que saben que hay quienes no pueden comprar los libros de estudios de los hijos, quienes no alcanzan a pagar los plazos o el alquiler de la vivienda. Nuestra sociedad proclama la justicia social, pero algo más de dos millones de parados viven en familias donde falta un salario. Otros buscan un primer empleo como base económica para formar un hogar, y el tiempo de contraer matrimonio se demora sin que haya mayores esperanzas.

7. ¿Qué tenemos que hacer?

Quien se sienta satisfecho con esta sociedad tiene parte de su conciencia anestesiada. Ese no puede ser un cristiano responsable capaz de responder a la pregunta del Señor: “¿qué tenemos que hacer?”. Esa pregunta es urgente y cada uno debe contestarla con sinceridad ante sí mismo y ante Dios: con lealtad hacia esas familias que están ahí acusando nuestra posible falsa lealtad con Dios.

No bastan las proclamaciones políticas ni las legislaciones progresistas. Mientras los pobres estén ahí son una acusación a nuestras instituciones, a nuestra falta de servicios sociales, a nuestra burocracia ineficaz y a nuestras conciencias dormidas.

Para saber lo que es pasar necesidad hay que ponerse en su lugar. En ese preciso lugar de los padres de familia sin trabajo, de los jóvenes sin empleo ni esperanza, de los barrios marginados que carecen de casi todo lo necesario. Una conciencia crítica y una moral cristiana no pueden pasar de largo ante situaciones graves de carencia.

La palabra de Dios expresada en la Iglesia en recientes documentos de su magisterio ordinario, y los dramáticos datos de la realidad, pueden ser dos buenos acicates para nuestras conciencias.

Como Pastor de la Iglesia de Cádiz y Ceuta os invito a colaborar y “a estar siempre presente allí donde lo requiere la degradación social del sujeto del trabajo, la explotación de los trabajadores, y las crecientes zonas de miseria e incluso de hambre. La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la “Iglesia de los pobres”” (Juan Pablo II, *Laborem exercens*, n. 8).

8. Compromiso de los laicos

El mal del paro es grande, y cuantas fuerzas y recursos dediquemos serán insuficientes. Estamos aún muy por debajo del nivel de solidaridad que sería exigible a las necesidades que hay en esta lucha, e incluso, también a las posibilidades de una diócesis como la nuestra. Por ello, uno mi voz a la del Papa Juan Pablo II que decía: “En el contexto de las perturbadoras transformaciones que hoy se dan en el mundo de la economía y del trabajo, los fieles laicos han de comprometerse, en primera fila, a resolver los gravísimos problemas de la creciente desocupación (...), a suscitar nuevas formas de iniciativa empresarial” (Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 43).

Nosotros al sentirnos interpelados en nuestra conciencia cristiana por el problema de la familia que padece ya la situación económica tenemos que responder de la misma manera. Somos conscientes de que la solución de la crisis económica profunda en que estamos insertos, y del paro

en concreto, supera nuestras posibilidades reales de Iglesia Diocesana, pero estamos convencidos de que podemos hacer más de lo que estamos haciendo.

Como modesta aportación se trataría de apoyar y canalizar iniciativas y posibles acciones orientadas a paliar el problema del paro y ayudar a las familias que lo sufren.

Os exhortamos, pues, a prestar recursos humanos y económicos para poner remedio a esta situación que padecemos actualmente, y a promover una adecuada toma de conciencia, principalmente por parte de la comunidad cristiana, con respecto al paro y sus complicaciones, que nos lleven a una correcta actitud de identificación y solidaridad evangélica.

Pedimos a todos que apoyen y hagan efectivo su compromiso personal, de cara a la sensibilización y formación de la conciencia social, según el espíritu del Evangelio y la doctrina social de la Iglesia.

9. Oración confiada

Os invito, también, a la oración confiada a fin de que Cristo Resucitado, nos dé la fuerza del Espíritu Santo para mantenernos firmes, y nos ayude a perseverar en este empeño por el bien común.

Sé, y me consta, que desde Cáritas se atienden muchas necesidades sociales de los menos favorecidos. Las parroquias ayudan tanto económicamente como colaborando en la búsqueda de un trabajo a quienes lo solicitan. En general, el planteamiento de nuestra tarea evangelizadora debería acentuar el sentido social para dar respuesta a esta situación. Este sentido social está expresado, cada uno a su nivel, en Cáritas, Voluntarios de San Vicente, el grupo Betania, la Legión de María, las Misiones Populares, las Hermandades y Cofradías, los Centros de Orientación Familiar (COF), Tarressos, las Hijas de la Caridad, comedores de María Arteaga, Jesús Abandonado, El Padre nuestro, etc.

10. Llamada a la esperanza

La situación económica y la extensión del paro en las familias pueden generar desencanto y desesperanza. Los cristianos tenemos la responsabilidad moral de ser germen de esperanza en la sociedad.

Nuestra esperanza debe de ser sostenida más que por la confianza que nos merecen las ciencias económicas y las nuevas tecnologías, por la fe en el hombre y en Dios: “La esperanza del cristiano y la cristiana proviene, en primer lugar, de saber que el Señor está obrando con nosotros en el mundo (...); le viene, además, de saber que también otras personas colaboran en acciones convergentes de justicia y de paz, porque bajo una aparente indiferencia existe en el corazón de toda la humanidad una voluntad de vida fraterna y una sed de justicia y de paz que es necesaria satisfacer” (Pablo VI, Octogésima adveniens, n. 48).

Por todo ello, debemos seguir predicando la esperanza cristiana no como evasión de la realidad concreta y de sus problemas reales, sino como un principio de vida, de ilusión y de optimismo para el “más allá”, que se traduzca realmente en el impulso de nuevos movimientos de solidaridad y de relación de la justicia social.

Os envío esta exhortación con motivo del 1 de mayo de 2008, al amanecer de la nueva cercanía de Cristo Resucitado, lucero que despunta ya la luz de Cristo en un mundo sumergido en las tinieblas del desorden del pecado.

Que San José Obrero y la Virgen pobre de Nazaret, modelo de familia trabajadora, hagan que comencemos siempre de nuevo, sin desfallecer, en la lucha por la justicia en el mundo. Que consigan que en nuestro corazón despunte siempre la esperanza frente a toda tentación de desánimo

y desencanto, y que esta esperanza se traduzca en realizaciones concretas de solidaridad y fraternidad.

Y al terminar esta exhortación, elevemos una oración por los que han muerto en los accidentes laborales, que Dios les tenga en el lugar de la luz y de la paz, que Dios ayude y consuele a sus familias y que se sepan poner los medios para que estas situaciones no se repitan más.

Que el Espíritu Santo bendiga y fecunde nuestras intenciones y proyectos en sintonía con los deseos y esperanzas de nuestros hermanos parados.

Reza por vosotros, os quiere y bendice,
+ Antonio Ceballos Atienza
Obispo de Cádiz y Ceuta
Cádiz, 24 de abril de 2008.

EL MUNDO DEL TRABAJO

Monseñor Ramón del Hoyo López. Obispo de Jaén

Abril de 2008

Queridos hermanos sacerdotes y fieles diocesanos:

1. El trabajo humano

Ante el día de la **salud laboral**, 27 de abril, y la **fiesta del trabajo**, 1 de mayo, deseo expresar mi preocupación pastoral y apoyo incondicional en favor de todos los trabajadores y trabajadoras, muy en especial a los afectados en su salud por motivos laborales, y a sus familias.

Sabemos muy bien que el trabajo humano se caracteriza por su complejidad y diversidad, a la vez que con frecuencia está estrechamente relacionado con el mundo de la pobreza y de la marginación. Hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26) y puesto en la tierra para que la dominase (cf. ibid. 1, 28), el hombre está por ello, desde el principio, llamado al trabajo. Es una de las características que distingue a la persona de las demás criaturas.

Gracias a miles de hombres y mujeres que en los siglos XIX y XX lucharon por la dignidad, el respeto y los derechos de los trabajadores, hay actualmente en nuestro entorno un conjunto de leyes que los amparan. Sin embargo, no debemos olvidar tampoco el abismo existente entre el mundo laboral de los países de occidente y el de los que pertenecen al tercer y cuarto mundos, donde continúa la explotación infantil, el expolio de la tierra, el robo de los recursos por parte de las multinacionales y las condiciones laborales infrahumanas.

Entre nosotros, o muy cerca, existen también personas que sufren la precariedad, las malas condiciones de trabajo, los accidentes laborales, el paro, la marginación y exclusión por falta de un empleo; mujeres que sufren la desigualdad en el trabajo y soportan una doble jornada dentro y fuera de casa; familias que tienen que estar separadas por motivos laborales, sin tiempo para dedicarse a las relaciones personales y sociales, a la educación de los hijos; inmigrantes que llegan a nuestro país en busca de trabajo y encuentran dificultades para acceder a un empleo digno, y su derecho a estructurar su vida personal y familiar.

2. El Evangelio y el mundo del trabajo

Ante esta realidad, la **Iglesia ha de sentirse especialmente sensible a este mundo del trabajo** y prestar la atención y dedicación que requiere. La tarea de seguir con la evangelización de este sector tan inmenso de hermanos sigue siendo de máxima urgencia y actualidad, también aquí y ahora. Como escribió el Pontífice Juan Pablo II, *“el problema del trabajo es, de alguna manera, un elemento fijo tanto de la vida social como de las enseñanzas de la Iglesia.”*

Esta evangelización precisa de obreros cristianos militantes que, desde una comunión profunda con Cristo y desde una clara fidelidad a la Iglesia y amor a los más débiles, sepan dar el testimonio cristiano que propicie un cambio en la sociedad para que se conforme a los postulados del Evangelio de Jesucristo y no a los del sistema muchas veces imperante en el que goza de preferencia la economía, el consumo y la competencia, lo que termina por dañar a los más empobrecidos.

El trabajador cristiano ha de contrarrestar esta cultura viviendo y demostrando que lo esencial no es tener más, sino vivir con dignidad y pendiente de los demás, convencido del valor supremo de la vida humana. *“La verdadera dignidad del hombre, escribió el Papa Juan XXIII, no se mide por el oropel de los resultados... sino por las disposiciones interiores de honradez y buena voluntad.”*

3. Dos jornadas inminentes

Dentro de muy pocas fechas celebraremos **dos acontecimientos importantes** en la vida del mundo obrero y del trabajo:

- **EL DÍA DE LA SALUD LABORAL**: las muertes de trabajadores dentro del territorio diocesano en lo que va de año son una dramática llamada para que denunciemos juntos la injusticia que supone encontrar la muerte en el puesto de trabajo, si se produjo por incumplimiento de la normativa en favor de la seguridad. El trabajo es para la vida y no la muerte.

Se trata de accidentes que provocan inmenso dolor y sufrimiento, pérdida de seres queridos... Estas muertes son para todos un grito solidario en defensa de la vida y para compartir este sentimiento con sus familias. Por ellos elevaremos nuestra oración en la celebración Eucarística del próximo **domingo, día 27**, al tiempo que recordaremos de forma especial a los trabajadores muertos en la provincia de Jaén durante el último año.

- **FIESTA DEL TRABAJO**

La fecha del **1 de mayo** va inseparablemente unida al mundo del trabajo desde aquel lejano 1886 en que murieron, en Chicago, aquel grupo de militantes del Movimiento Obrero.

En esa fecha la liturgia de la Iglesia contempla la figura evangélica de **San José Obrero**. Con su trabajo de carpintero sostuvo el hogar de Nazaret en el que crecía en “edad y sabiduría” el Salvador y Redentor de la humanidad. A su lado aprendió este oficio Jesucristo el Hijo de Dios. Sus manos trabajaron la madera y su frente conoció el sudor. Dejó muy claro que el trabajo ennoblece y dignifica a la persona.

4. Apoyo a la pastoral del trabajo y a Delegación diocesana

Sólo me queda expresar mi deseo e invitación para encomendar también, especialmente ante el Patriarca San José, a todos los trabajadores y trabajadoras, a sus familias, asociaciones y organizaciones obreras, en solicitud de un trabajo digno para todos.

Nuestro agradecimiento y apoyo incondicional a la Delegación Episcopal diocesana para la Pastoral del trabajo, que hago extensivo a cuantos sacerdotes, personas consagradas y fieles cristianos colaboran en esta pastoral. Ruego hagan llegar esta carta, especialmente los sacerdote, a los trabajadores y trabajadoras en sus respectivas comunidades.

Gracias.

Para todos, mi saludo fraterno y bendición en el Señor.

Jaén, abril de 2008

RAMÓN DEL HOYO LÓPEZ

OBISPO DE JAÉN

Un nuevo enfoque a la Globalización

Monseñor Carlos Osoro; Arzobispo de Oviedo. 04.10.08 (Artículo aparecido en Periodista Digital)

Al celebrar esta Jornada Mundial de acción por el trabajo decente os invito a todos, cristianos y hombres y mujeres de buena voluntad, a que consideréis las **implicaciones morales que comporta la cuestión del trabajo**. Ello lleva a la Iglesia a señalar siempre dos cosas fundamentales: 1) Afirmar que el trabajo decente es un bien para todos y que debe estar disponible para todos. 2) Que la falta de trabajo, la desocupación, es una verdadera calamidad social.

¡Qué momento más oportuno se presenta en esta Jornada Mundial de acción por el trabajo decente, para reafirmar **el trabajo como un derecho fundamental y un bien que acrecienta la propia dignidad humana!** La Confederación Sindical Internacional, que agrupa a organizaciones sindicales de 155 países, convoca esta jornada. Como nos decía el Papa Juan Pablo II, «la defensa de los intereses existenciales de los trabajadores en todos los sectores en que entran en juego sus derechos, constituye el cometido de los sindicatos» (Carta Encíclica *Laborem exercens* n° 20b). Solicitamos a todos los sindicatos que defiendan cada día con más ahínco los justos derechos de los hombres y mujeres del trabajo, de manera que, gracias a su tarea, el ser humano no sólo pueda tener más, sino ante todo ser más, es decir, pueda realizar más plenamente su humanidad en todos los aspectos.

Una sociedad donde el derecho al trabajo decente sea anulado o sea sistemáticamente negado, y donde las medidas de política económica no permitan a todos los hombres y mujeres alcanzar niveles satisfactorios de ocupación, «no puede conseguir su legitimación ética ni la justa paz social» (Juan Pablo II, Carta Encíclica *Centesimus annus* n° 43).

El **trabajo decente**, del que depende la estabilidad familiar, debe llevar a un desarrollo integral de la persona humana, que, sin duda, favorece más la productividad y la eficacia en el trabajo. Desde la óptica de la empresa, el trabajo decente conlleva que ésta se considere no tanto una sociedad de capitales, cuanto una sociedad de personas que entran a formar parte de ella de manera diversa y con responsabilidades diferentes.

La Iglesia defiende siempre la dignidad de la persona humana, de toda persona, así como el respeto a sus derechos. En este sentido, los derechos de los trabajadores, como todos los demás derechos, se basan en la naturaleza de la persona humana y en su dignidad trascendente. **La implantación de un trabajo decente requiere nuevas formas de solidaridad**, pues en el actual contexto socioeconómico, caracterizado por grandes procesos de globalización económico-financieros cada vez más rápidos, se necesitan apoyar nuevas formas de solidaridad que vienen exigidas por determinadas situaciones como los contratos atípicos o temporales, la pérdida de puestos de empleo a causa de la fusión de empresas, el fenómeno migratorio y su injusta discriminación laboral, la exclusión femenina del mundo del trabajo o la explotación infantil del trabajo, entre otras. Estas realidades nos recuerdan, como nos decía el Papa Juan Pablo II, que «son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad de los hombres del trabajo y de solidaridad con los hombres del trabajo» (Carta Encíclica *Laborem exercens* n° 8).

Asimismo, y en medio de esta búsqueda de un trabajo decente, la Iglesia sigue proclamando que el hombre, a diferencia de cualquier otro ser viviente, también tiene necesidades que no se limitan solamente al tener o al poseer, pues su naturaleza y su vocación están relacionadas inseparablemente con Dios. Como afirmaba Juan Pablo II, «**es preciso globalizar la solidaridad**».

Como Arzobispo de Oviedo, al dirigirme a todos vosotros en esta Jornada Mundial por el trabajo decente, lo hago convencido de que gestos como el presente sirven para anunciar a Jesucristo. Quien se adhiere a Él, como verdadero Dios y verdadero Hombre, contribuye a dotar de la mayor belleza al humanismo del trabajo en todo el mundo y de la realización plena de un trabajo decente.

+ Carlos, Arzobispo de Oviedo

EL AMOR DE JESUCRISTO NOS APREMIA. 8 de marzo, Día internacional de la mujer trabajadora.

Monseñor Antonio Dorado Soto. Obispo de Málaga. Artículo publicado en la revista Diócesis el 9/3/2008

El 8 de marzo se cumplen 100 años del levantamiento y de la tremenda represión de un grupo de mujeres trabajadoras en la ciudad de Nueva York. Al celebrar nosotros, un siglo después, el Día de la Mujer Trabajadora, que nos recuerda aquella gesta de rebeldía y de injusticia, tenemos que renovar nuestros esfuerzos a favor de la legítima igualdad. “Es verdad que las mujeres en nuestro tiempo han dado pasos significativos, decía Juan Pablo II en su mensaje del día 1 de Enero del año 1995 (...), logrando estar presentes en niveles relevantes de la vida cultural, social, económica, política y obviamente, en la vida familiar”.

Ha sido un camino duro, difícil y complicado, en el que han estado y tratan de estar presentes también numerosos cristianos, pero no nos podemos sentir satisfechos de lo que se ha conseguido. Si centramos la mirada en la sociedad española, descubrimos problemas muy serios, como la diferencia de salario ante igual trabajo, el hecho de que la pobreza hoy tenga rostro de mujer joven, la infravaloración injusta de las amas de casa, la dificultad de compaginar el trabajo con la maternidad y la mayor tasa de paro entre las mujeres.

Ciertamente son cuestiones muy graves y dignas de atención, pero todavía es más dolorosa la situación de esas mujeres inmigrantes que han sido traídas con engaño a nuestra tierra y ahora están esclavizadas por las redes de prostitución. Como decía también el papa Juan Pablo II en el citado mensaje, “muchas mujeres, debido especialmente a condicionamientos sociales y culturales, no alcanzan una plena conciencia de su dignidad. Otras son víctimas de una sociedad materialista y hedonista que las considera un puro instrumento de placer y no duda en organizar su explotación a través de un infame comercio, incluso a una edad muy temprana. A ellas se ha de prestar atención especial por parte de aquellas mujeres que, por educación y sensibilidad, son capaces de ayudarlas a descubrir la propia riqueza interior. Que las mujeres ayuden a las mujeres, sirviéndose de la valiosa y eficaz aportación que asociaciones, movimientos y grupos, muchos de ellos de inspiración religiosa, han sabido ofrecer para este fin”.

Son cosas que suceden diariamente a nuestro lado. Y aunque su condición no sea tan triste, tampoco podemos olvidar a aquellas que se tienen conformar con unas condiciones laborales injustas, porque no tienen su documentación en regla y no se pueden defender. Todo ello, entre nosotros, que dentro de la actual situación del mundo somos privilegiados, porque todavía es más dura la situación de la mujer trabajadora, y las amas de casa lo son, en los países en vías de desarrollo y en los pueblos empobrecidos.

Para nosotros, los seguidores de Jesucristo, estas situaciones constituyen auténticas llamadas de Dios, ya que la defensa y la promoción de los derechos humanos es un aspecto integrante del Evangelio que nos salva. El amor fraterno nos apremia a implicarnos en todo lo que esté a nuestro alcance, por muy insignificante que pueda parecer nuestra aportación. Jesucristo sigue siendo nuestra luz y nuestra fuerza, pues nos revela la inviolable dignidad de la persona y nos invita a descubrir su rostro en los pisoteados, en los discriminados, en los maltratados y en los que necesitan ayuda.

Por eso, agradezco a los hombres y mujeres de la HOAC y de Pastoral Obrera su labor y los aliento a que sigan invitando a celebrar el Día de la Mujer Trabajadora; y a que sean, en nuestras comunidades, la voz profética que denuncia la discriminación de la mujer, que nos recuerda la doctrina social de la Iglesia y que pone en marcha todas las iniciativas que les dicta el Espíritu Santo.

+ Antonio Dorado Soto,
Obispo de Málaga

Por una práctica empresarial socialmente responsable en América Latina y el Caribe

Declaración de Obispos, responsables de pastorales sociales y delegados de empresarios y sindicalistas católicos de América Latina (15/4/2005)

Durante los días 11 al 14 de abril de 2005 nos reunimos en San José de Costa Rica obispos de la región de América Latina y El Caribe, conjuntamente con los responsables de las pastorales sociales - Caritas de 17 países, así como representantes de los empresarios católicos (UNIAPAC¹), sindicalistas y otros miembros de la sociedad civil, convocados por el Departamento de Justicia y Solidaridad del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), a fin de reflexionar sobre la **Responsabilidad Social de la Empresa (RSE)**.

Damos a conocer nuestras principales preocupaciones, afirmaciones, propuestas y compromisos.

Constatamos con tristeza y preocupación que a pesar de que una de las metas del tercer milenio es la superación de la pobreza, las personas en situación de pobreza siguen aumentando escandalosamente en el mundo. Nuestra región está marcada por una enorme desigualdad social, con millones de personas excluidas.

Reconocemos que para promover el desarrollo económico, se han ido creando empresas diversas, que pueden ser muy grandes y estar en muchos países, así como medianas, pequeñas, microempresas y hasta familiares y comunitarias. Todas ellas son muy importantes para el crecimiento de los países y merecen el reconocimiento y el apoyo del Estado, de la Iglesia y todos los sectores de la sociedad, siempre que no atenten contra la dignidad de la persona ni destruyan los recursos naturales o coloquen la finalidad lucrativa por encima del bien común

Creemos que los fenómenos negativos mencionados hunden sus raíces en el modelo económico vigente, una de cuyas manifestaciones es el rápido crecimiento de empresas transnacionales como fruto de fusiones, alianzas y adquisiciones. Esto está generando un proceso global de reestructuración productiva, una desigual distribución de la riqueza y una pérdida de influencia y capacidad regulatoria de los Estados.

En esta situación, un signo de esperanza de nuestros tiempos es el surgimiento de empresas con auténtica responsabilidad social. Esta **Responsabilidad Social de la Empresa** está siendo una práctica de los hombres y mujeres que aún sin saberlo viven los principios de la **Doctrina Social de Iglesia (DSI)**, enfatizando los valores éticos, legales, y de justicia social. Los empresarios y dirigentes que administran sus empresas con responsabilidad social realizan prácticas empresariales abiertas y transparentes, generan utilidades o beneficios no sólo para los accionistas y asociados, sino también para los trabajadores, la sociedad y el Estado, asegurando el desarrollo sostenible y la mejora de la calidad de vida a todos los que se relacionan directa o indirectamente con ella.

Consideramos fundamental dentro de la Responsabilidad Social de la Empresa, entre otros: la protección de los derechos humanos, de los Trabajadores, la participación en el desarrollo de la comunidad local, la distribución social de las utilidades, la protección del medio ambiente, el trato justo a clientes, consumidores y proveedores, publicidad honesta, respeto por la sana competencia, calidad del producto, precios justos, transparencia.

A la luz de lo anterior, invitamos:

- A las empresas, para que en la búsqueda del Bien Común, se articulen entre sí, con las Universidades, las demás organizaciones civiles, el Gobierno, los Sindicatos, sus clientes, consumidores y proveedores. De esta manera podrán efectivamente prestar

¹ Unión Internacional Cristiana de Dirigentes de Empresa, por sus siglas en francés.

su aporte al desarrollo integral y sostenible “de todo el hombre y de todos los hombres” (Paulo VI, *Populorum Progressio*, 20), realizando el más alto concepto de RSE, de acuerdo con los principios evangélicos y las exigencias cristianas de la justicia.

– A todos los empresarios (as) a agruparse en asociaciones que promuevan y divulguen los principios de la DSI para juntos ir propiciando una mayor integración con conciencia ética y que orienten sus prácticas hacia la Responsabilidad Social de la Empresa dentro de los valores de la transparencia, la rendición de cuentas y el sentido de compromiso por el desarrollo humano solidario desde el espacio local.

– A los Estados para que, como garantes del Bien Común, fortalezcan o establezcan mecanismos que aseguren los derechos ya consagrados de protección al trabajo, del medio ambiente, de la calidad de los productos y servicios, la soberanía y seguridad alimentaria, la fiscalización y supervisión de operaciones de mercado, promuevan la economía social y establezcan políticas favorables a la lucha contra la pobreza y la exclusión social.

– A los inversionistas a orientar sus inversiones en empresas que operen en base de un código de conducta y práctica reconocida de RSE implementado a todo nivel y todas las áreas.

– A los consumidores (as), que sean responsables en sus decisiones de compra, evaluando el impacto de las mismas y en caso necesario hacer campañas de abstención de compra de productos y servicios de empresas socialmente irresponsables.

– A las comunidades y personas de buena voluntad a emprender con creatividad y valentía, nuevas empresas familiares, comunitarias y solidarias que promuevan el desarrollo humano sostenible, privilegiando la austeridad y el ahorro desde una perspectiva del consumo responsable.

Nuestro sincero reconocimiento y gratitud a empresarios y trabajadores (as) de buena voluntad que a la luz de los principios de la DSI convierten las empresas en que laboran en verdaderas fuentes de desarrollo humano, con gran sentido de responsabilidad social.

Como hijos de la Iglesia nos comprometemos a hacer visible su Doctrina Social en los esfuerzos de promover y vivir la Responsabilidad Social Empresarial, a acompañar e impulsar experiencias de empresa social y favorecer, conjuntamente con las Caritas y Pastorales Sociales del Norte y del Sur, espacios de diálogo entre todos los actores sociales para la promoción del desarrollo humano.

Finalmente, llamamos a que los diversos actores: la empresa, la sociedad, el gobierno, los empresarios, los trabajadores, los sindicatos, promuevan políticas que lleven al ser humano a una vida auténticamente digna, colaboren a la construcción de una cultura de la responsabilidad social.

Secretariado diocesano de Pastoral Obrera. Diócesis de Málaga

Gesto público de solidaridad y denuncia ante la siniestralidad laboral.

¡El trabajo es para la vida! ¡Ni un muerto más!

Viernes 11 de diciembre de 2009 a las 20:00h.

Lugar: Plaza del Obispo

Una vez más nos encontramos con la injusta realidad de que un trabajador ha perdido la vida mientras trabajaba. Un fontanero de 46 años ha fallecido en Málaga el pasado 2 de diciembre; cayó de una altura de once metros cuando intentaba arreglar una fuga de agua en el tejado de un edificio de viviendas de Campanillas. El trabajador, procedente de Argentina, subió al edificio a las 9 y media de la noche y tras pisar una canaleta del tejado que se rompió, se precipitó al vacío. Ante este nuevo suceso de siniestralidad laboral en nuestra provincia, el Secretariado Diocesano de Pastoral Obrera y la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica), queremos expresar nuestro dolor y solidaridad con los familiares, allegados y compañeros de este trabajador, y vamos a convocar una concentración silenciosa, a la que invitamos a participar a toda la comunidad eclesial que formamos la Diócesis de Málaga, para poder testimoniar juntos como Iglesia malagueña nuestro dolor y nuestra solidaridad.

Con este gesto público, queremos concienciar y hacer un llamamiento a la sociedad de la necesidad de poner medios que posibiliten que “El trabajo sea para la vida y que no existan más muertes en el mundo del trabajo”. Queremos también hacer visible la situación de nuestros hermanos inmigrantes, que cada vez más son el sector del mundo obrero que vive mayor empobrecimiento, desprotección y exclusión social en nuestra sociedad.

“La solidaridad nos ayuda a ver al ‘otro’ - persona, pueblo o nación no como un instrumento cualquiera para explotar a poco coste su capacidad de trabajo y resistencia física, abandonándolo cuando ya no sirve, sino como un ‘semejante’ nuestro (...) para hacerlo partícipe, con nosotros, del banquete de la vida, al cual todos los hombres son igualmente invitados” (Sollicitudo rei socialis, n. 39)

Para los cristianos, seguidores de Jesucristo, para la Iglesia, la dignidad, la salud y la vida de cualquier trabajador o trabajadora valen más que todo el oro del mundo. El valor del trabajo no reside en su rentabilidad económica, ni siquiera en el producto o servicio que genera; radica en la persona que lo realiza, imagen e hija de Dios, que quiere que el trabajo sea para la vida, y no al contrario. Por eso, también forma parte de nuestra tarea evangelizadora el velar y luchar por esa vida, por esa dignidad.

Les rogamos hagan extensible esta convocatoria a todos/as las personas que forman parte de su comunidad/institución y que en las celebraciones litúrgicas pidamos al Padre por el alma de estos trabajadores muertos en el campo del trabajo.

“... y que los obreros muertos en el campo de honor del trabajo y de la lucha descansen en Paz” (Oración a Jesús Obrero)

Primero de Mayo ¿Qué está en crisis y quiénes la pagan?

Reflexión de Pastoral Obrera

Ante la crisis:
Comprometidos para hacer realidad la Esperanza



Festividad de San José Obrero
1º de Mayo 2009
Secretariado Diocesano de Pastoral Obrera
Comando de Málaga



La crisis económica es el centro de las preocupaciones de los trabajadores y de muchos ciudadanos. Como Secretariado Diocesano de Pastoral Obrera nos sentimos urgidos para que los cristianos y las comunidades de nuestra diócesis tomemos conciencia de los efectos que está produciendo la crisis en muchas familias. Por eso nos preguntamos: ¿a quienes va a afectar esta crisis?

La respuesta evidente es que van a ser los de siempre, los más débiles, pero antes de hacer un pequeño recorrido por los más afectados por la crisis, nos gustaría recordar tres cosas:

1. Los entendidos dicen que las crisis económicas son de carácter cíclico e inherentes al sistema capitalista en el que vivimos y que no se pueden evitar. Pueden ser más o menos fuertes, pueden atenuarse, pero no eliminarse.

2. Los responsables de la crisis, de su nivel de gravedad, nunca son los trabajadores/as; la responsabilidad reside en la gestión de los gobiernos y los responsables del sistema económico; es el modelo productivo existente con la ayuda de los gobiernos quien marca la mayor o menor gravedad de las crisis.

3. El vertiginoso deterioro del mercado de trabajo está dejando al descubierto las insuficiencias de nuestro modelo económico basado en la construcción, el turismo, la excesiva temporalidad, la precariedad laboral, los sueldos bajos y el empleo de baja cualificación. Todos estos fenómenos hacen que la economía malagueña sea muy vulnerable a los escenarios de crisis mundial. De todos son conocidos, los incesantes cierres por deslocalización de las empresas que van desmantelando nuestra industria; la lluvia de gota a gota que bajo las siglas de ERE están dejando sin capacidad de empleo a nuestra provincia (Confecciones del Sur, Vitelcom, Autobuses Portillo, Isofotón ...)

La crisis económica, como es habitual, la van pagar los trabajadores, los grupos más débiles, los que poseen menores recursos económicos, políticos, laborales y sociales para defenderse; la van a pagar de manera especial en nuestra provincia:

Los inmigrantes A este grupo de trabajadores ya se le han pasado las facturas de la crisis, con el endurecimiento de sus condiciones de entrada y permanencia.

Los parados. Los datos del paro más reciente han rubricado un 2009 que será recordado como el año más nefasto para el empleo de la historia reciente de Málaga. El ritmo de destrucción de empleo en la provincia ha sido de casi 120 puestos de trabajo diarios.

Las víctimas de la siniestralidad laboral. 17 trabajadores han fallecido en Málaga este año pasado. El Trabajo es para la Vida.

Los precarios, un tercio largo de los trabajadores/as tiene contrato temporal y con ellos las empresas lo tienen fácil: no se les renueva y punto. Eso han hecho las grandes empresas y ahora les llega el turno a la pequeña y mediana empresa, fuente principal de empleo en nuestra provincia. A esto hay que unir el hecho de que nunca antes salía tan barato como ahora despedir a la gente, los salarios son bajos y muchos trabajadores no acumulan antigüedad. Hay que destacar especialmente a las mujeres y los jóvenes.

Los excluidos y los pobres, es decir, aquellos que poseen ingresos por debajo del considerado nivel de pobreza. Hemos crecido mucho, pero no ha disminuido la pobreza y la exclusión social (Informe Foessa).

Esta situación pone de manifiesto que lo que está en crisis es algo más profundo.

El modelo de persona y sociedad está provocando un grave proceso de deshumanización que nos está “calando” hasta lo más constitutivo del ser persona (existes si produces y vives para consumir) y se aleja claramente del sentido profundo de lo que como Humanidad estamos llamados a ser.

La esperanza de los cristianos

Es necesario cimentar nuestra sociedad en unos valores auténticos que posibiliten un modelo de ser persona, de desarrollar la cultura, de entender la economía y la política... en el que no esté todo basado en el sistema de producción y en el consumo sino en conseguir la dignidad de todas las personas y luchar contra la pobreza. Así no podemos construir el Reino que Dios nos ofrece y al que nos invita a colaborar con Él en su creación.

Como Iglesia podemos y debemos anunciar que el mensaje de Jesucristo nos invita a redescubrir una forma distinta de vivir y construir la sociedad y nos hace una llamada a comprometernos todos juntos por construir un futuro que exige un profundo cambio en nuestros estilos de vida, en nuestros modelos de estructuras, en nuestra cultura, ...

En esta realidad dura, como trabajadores creyentes y seguidores de Jesús, nos queremos situar en clave de Esperanza. Jesús en una situación crítica, donde había muchas personas con necesidades vitales (Lc 9, 10-17), ve como los amigos quieren desentenderse de la gente. Le dijeron: “despide a la gente, y que vayan a los pueblos y a las casas de alrededor para encontrar alojamiento y comida”.

Pero Jesús les invita a implicarse y les respondió: “dadles de comer vosotros mismos”. Tu vieron que arriesgar lo poco que tenían, cinco panes y dos peces, poniéndolos en común, y se produjo el milagro de la solidaridad: llegó para todos y todavía sobró. Entendemos que este “dadles de comer vosotros” incluye pensar unas reglas de economía humanas y humanizadoras.

Es necesario cuestionar la validez de este sistema económico que genera pobres, excluidos y marginados. Debemos reclamar una mejor distribución de los beneficios acumulados, inmovilizados y volatilizados en esta época de bienestar. Hay que denunciar, trabajar y luchar para que la persona sea el centro de todo.

“...¿No se ha alterado acaso, a gran escala, el orden fundamental que garantiza la prioridad del trabajo sobre el capital?, ¿no se hace acaso el capital cada vez más poderoso e inhumano?. Y el hombre y la familia son cada vez más víctimas de semejantes situaciones” (Juan Pablo II)

Comunicado de MTC, HOAC y JOC

Los movimientos especializados de Acción Católica para la evangelización del mundo obrero, MTC (Mujeres Trabajadoras Cristianas), HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) y JOC (Juventud Obrera Cristiana), en esta celebración del 1º de mayo, día Internacional de la Clase Obrera, nos sentimos cercanos a tantos compañeros y compañeras de trabajo, junto con los cuales vivimos con angustia y preocupación este momento de incertidumbre laboral, acentuado por la crisis económica mundial.

“Hace unos meses sufrí en mis carnes la experiencia laboral más precaria que he vivido, y la verdad que he vivido unas cuantas. Esta vez no fue porque tuviera un contrato basura, ni porque me pagaran un sueldo de mileurista. Sencillamente dejaron de pagarme mi sueldo... en la empresa había compañeros a los que no se les debía 2 meses, como a mí, sino 3 y 4. Fue muy duro.” (Óscar)

En este contexto de crisis queremos denunciar la destrucción de miles de puestos de trabajo y cómo se está exigiendo por parte de las organizaciones empresariales una mayor flexibilización del mercado laboral: abaratamiento de despidos, mayor precarización de las condiciones laborales, etc; en definitiva, cargar con el mayor peso de la crisis a los trabajadores y trabajadoras, mientras se ayuda con suculentas inyecciones de dinero a los que sí son causantes de ella.

Una crisis producida por un sistema económico mundial injusto e insolidario, regido por el ciclo: consumir, producir, consumir, que tanta desigualdad y pobreza genera, especialmente en los más débiles. Esta crisis pone en cuestión la civilización montada sobre el macro-consumo, el derroche de recursos naturales, el capricho, las “modas”, la búsqueda desenfrenada del beneficio inmediato y a costa de lo que sea. Nunca ha sido más evidente la necesidad de un cambio radical que trastoque las reglas del sistema y el sistema mismo.

“Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígida las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros”. (Juan Pablo II, en SRS, 16)

Llevamos años viendo cómo miles de trabajadores y trabajadoras son despedidos. Hay en nuestro país más de 3,6 millones de parados que se ven empujados hacia la pobreza y la exclusión. Cáritas denuncia que “en 2008 aumentaron un 54% el número medio de las demandas de ayudas económicas, centradas principalmente en ayudas para vivienda y alimentos”; y que “el 60% de quienes acuden son familias jóvenes, con dos o tres hijos en edad escolar, de los cuales la mitad son inmigrantes y la otra mitad españoles”.

Cifras no menos preocupantes tienen que ver con los ERE (Expedientes de Regulación de Empleo) que en España, en el 2008, crecieron un 163%. Así mismo, la desigualdad de género permanece en el mercado laboral, pues las mujeres perciben un salario 17,6% menor que los hombres y sufren el paro un 16,3% frente al 14,8% de los hombres.

Como trabajadores y trabajadoras cristianos, seguidores de Jesucristo, modelo de amor, caridad y esperanza, nos duele y preocupa esta situación. Nos sentimos interpelados por la realidad y llamados, desde el evangelio, a vivir más comprometidos. La esperanza cristiana es la que debe movernos a trabajar sin desmayo por un nuevo modelo de sociedad que sea más justo, más humano y más solidario.

Por eso, debemos romper la inercia social de no corresponsabilizarnos con nada porque no depende de nosotros. Todos tenemos responsabilidad de lo que pasa. Nuestra indiferencia también genera dolor y sufrimiento. Es el momento del compromiso: vivir nuestra vida priorizando nuestra solidaridad con los empobrecidos, poniendo nuestra economía a su servicio, compartiendo de nues-

tro salario con los que no lo tienen (y ya hay experiencias de ello en numerosos lugares del país), desarrollar un compromiso social y político con otros, para hacer posible una transformación de nuestra sociedad; replantearnos nuestros ahorros en la banca alternativa; indagar en el comercio justo; llevar una vida respetuosa con el medio ambiente, austera y no consumista; estar organizados y preocupados por nuestros vecinos y compañeros de trabajo, etc.

Así mismo, exigimos a los poderes políticos y financieros, la construcción de una política económica donde se coloque en el centro de las respuestas la vida de todas las personas, pues es urgente no sólo refundar la vida social y económica, sino nuestra propia humanidad.

Tenemos muchos motivos para participar, reivindicar y celebrar este 1º de Mayo día Internacional de la Clase Obrera.

Mujeres Trabajadoras Cristianas (MTC) - Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) - Juventud Obrera Cristiana (JOC)

¿Cómo está afectando la situación actual de crisis a las mujeres? Día de la mujer trabajadora; 8 de Marzo de 2009

El día 8 de marzo es el Día Internacional de la Mujer Trabajadora. Un día en el que recordamos aquel 8 de marzo de 1908, cuando 129 trabajadoras morían abrasadas en la fábrica “Cotton” de Nueva York, por defender sus derechos. La celebración de este día nos vincula de manera especial con la historia, la vida y la lucha de las mujeres en todo el mundo.

Es importante destacar los avances que en estos años se han producido en la defensa y el reconocimiento de los derechos de las mujeres, todo lo que las mujeres han aportado y aportan en la construcción de un mundo más justo. Pero hoy, sigue siendo necesario denunciar las desigualdades que viven y sufren muchas mujeres en nuestros barrios y pueblos, en nuestro mundo. La realidad de tantas mujeres a las que no se permite ocupar el lugar que realmente les corresponde, a las que en muchas ocasiones se recorta su participación a nivel político, económico, social, laboral. Mujeres víctimas de los malos tratos. Mujeres que han perdido incluso la vida a manos de sus compañeros. Especialmente recordamos a las mujeres del tercer mundo: cerca del 70% de los 1.300 millones de pobres son mujeres. La pobreza tiene rostro de mujer, joven, inmigrante.

En el contexto actual de crisis económica el papel de la mujer está siendo decisivo. En estos momentos. El trabajo de la mujer ya no es sólo una ayuda al salario principal del marido. El empuje de las mujeres saca a flote a familias en crisis dado que, aunque la destrucción del empleo masculino ha sido mayor (la tasa de paro masculino por primera vez supera al femenino) según los datos de población activa, hay una realidad que no aparece en las estadísticas.

Esta situación deja en manos femeninas las riendas de la economía doméstica en miles de hogares. Ellas son las que salen a la calle ahora a buscar empleo ingresando en las listas fundamentalmente del empleo sumergido para poder llevar dinero a casa. A esto hay que unir el ámbito del hogar, un trabajo doméstico imprescindible que está fuertemente desprestigiado; la mayoría de las mujeres asalariadas tienen que soportar una doble jornada: extradoméstica y doméstica; la atención a los pequeños, a los ancianos y a los enfermos sigue recayendo sobre ella. La conciliación de la vida familiar y laboral es imposible porque el sistema productivo neocapitalista se mueve en unos valores totalmente contradictorios e irreconciliables con los valores de la vida familiar.

Esta no es la incorporación al mundo laboral que tantas mujeres han soñado a lo largo de la historia porque no significa que la mujer mejore sus condiciones laborales. Las condiciones laborales de las mujeres tenían muchas asignaturas pendientes pero las mujeres se enfrentan ahora a tener que aceptar trabajos poco estables y cualificados, mal remunerados y en muchas ocasiones bajo la economía sumergida, dado que si ella no mantiene a toda costa ese puesto laboral dejaría de entrar dinero para sostener las necesidades familiares.

El sector más feminizado ha sido siempre el servicio doméstico, pero también en este tipo de empleo se han perdido puestos de trabajo. Según el INEM, el año 2008 cerró con 119 mujeres más en las listas de empleo solicitando este tipo de puesto.

Según datos de Cáritas Diocesana, la mayoría de las solicitudes familiares provienen de las mujeres, sobre todo en familias de mediana edad o mayores. Son ellas las que dan la cara para pedir prestaciones, ayudas y entrar en las bolsas de empleo. “Cuando hay hijos, la mujer toma la iniciativa en estos casos y acude adonde haya que acudir”.

Como seguidores y seguidoras de Jesús en medio del mundo obrero queremos vivir este 8 de marzo como una invitación a mirar lo que les pasa a las mujeres, sobre todo a las más pobres, como lo hace Dios, Padre y Madre: Con misericordia. Buscando la justicia que hace posible una vida digna. “...protegiendo la vocación propia de la mujer, y al mismo tiempo reconocer su independencia cuanto persona y la igualdad de sus derechos a participar en la vida económica, social, cultural, política...” (Octogésima Adveniens, 13).

Hagamos que el significado de este día entre en nuestras casas, en nuestros barrios y pueblos, en los lugares de trabajo, allí donde nos movemos, en las instituciones sociales y políticas, en la Iglesia. Salgamos a la calle en esta jornada de lucha por la dignidad y la igualdad de las mujeres en todo el mundo a compartir desde la cercanía y la fraternidad los gozos y las fatigas de cada día para construir nuevos caminos que hagan de este mundo un Reino lleno de justicia, libertad y amor para todas.

Mujer

que luchas, trabajas y amas,
descubre y aprovecha los caminos,
recoge las mañanas,
entierra los silencios,
desátate las manos,
rompe ya esas cadenas
que la vida es empinada
y a fuerza de subirla
se hace más humana.

Fátima y Mohamed, un ejemplo de lucha contra la crisis

Fátima y Mohamed Hassam son un matrimonio de inmigrantes marroquíes que llevan en España más de 10 años. Ya tienen sus papeles, y sus tres hijos (12, 9 y 4 años) tienen nacionalidad española.

Son buenos vecinos, integrados en el barrio y participan de la Asociación de Padres del colegio de sus hijos. Pero, al igual que a otros muchos vecinos españoles, les está afectando la crisis. “El que traía dinero a casa era Mohamed...” – nos comenta Fatima – “...pero desde que el trabajo en la obra está bajando, se ha quedado en paro”. Mohamed es carpintero, y ha estado buscando trabajo, pero con la crisis cada día hay menos posibilidades.

En una situación como esa, la desesperación empezó a cernirse sobre el hogar de los Hassam, y más aún cuando hablamos de una familia numerosa. “Yo quise ponerme a trabajar...”- se lamentaba Mohamed – “... y tuve que ver cómo mi esposa se veía forzada a trabajar limpiando en las casas de otras personas, y eso me hacía sentirme inútil”. Al cabo de un tiempo en esta situación comenzaron a plantearse alguna solución que pudiese implicarlos a los dos y que tuviese una cierta estabilidad.

“Fue entonces cuando se nos ocurrió abrir la Frutería” – comenta Fátima – “Con lo poco que nos quedaba en el banco y las ayudas de la familia y algunos amigos, conseguimos el dinero sufi-

ciente para alquilar el local, pintarlo y comprar la báscula y el género suficiente para abrir la tienda”.

“Desde ese momento – hace ya casi un año – las cosas empezaron a ir mejor...”- nos cuenta Mohamed – “... pero tampoco fue la solución definitiva; había que recuperar la inversión y poder empezar a vivir del negocio, y no era tan fácil como creíamos al principio”. Hay que comentar que el barrio en el que vive la familia Hassam es un barrio obrero, con más de 40 años de historia, y prácticamente poblado por parejas jóvenes que se han comprado el piso que pueden pagar (se están vendiendo algunos pisos en torno a los 25 millones de las antiguas pesetas) y por inmigrantes, que viven alquilados. Además, frente al local hay un supermercado, contra cuyas ofertas tienen que competir.

“No podemos quejarnos, porque tampoco nos va tan mal” – comenta aún ilusionada Fátima – “En este barrio todavía hay buena gente que viene a comprarnos a nosotros aunque tengan que pagar un poco más”.

Dejamos a los Hassam en su tienda, mientras Fátima se preparaba para ir a recoger a los niños al colegio. Esperamos que les vaya muy bien y confiamos en que otras muchas familias que están en la misma situación puedan encontrar solución a sus problemas. Sólo les deseamos que, al menos, se enfrenten a su situación con la misma ilusión, determinación y esperanza en salir adelante como nos han demostrado los Hassam.

ANEJO

TRABAJO Y FAMILIA. CARD. OVIEDO CAVADA

Arzobispo de Santiago de Chile

15 de diciembre de 1997

I. INTRODUCCION

1. El trabajo condiciona hoy día fuertemente al matrimonio y a la familia. No es un hecho nuevo, por cierto: podemos recordar quienes trabajan en servicios públicos o comerciales con turnos día y noche, en domingos, deben ausentarse por períodos breves y hasta largos de su familia o de su hogar. Así tenemos, por ejemplo, quienes trabajan en la marina mercante, en empresas pesqueras, quienes pertenecen a la Armada de Chile, vuelan en aviones comerciales, son conductores de movilización interprovincial o de empresas de transportes, etc.etc. Todos estos trabajos han existido desde mucho tiempo.

2. En la actualidad esos turnos de trabajo han crecido en muchas nuevas proyecciones. En la ciudad se da que, muchas veces, trabaja el esposo y la esposa, el padre y la madre, y hasta se compromete el domingo, como en tantos centros comerciales y, a pesar de que la ley obliga a tener por lo menos un domingo libre al mes, suele darse que eso no ocurre en la práctica. De esta manera, el encuentro entre el marido y su esposa, entre padres e hijos, va siendo más difícil. Contribuye a esto el tiempo, también, que se ocupa en ir de la casa al trabajo y viceversa.

3. Ciertamente el trabajo es una bendición, porque con él se cumple lo necesario para tener una vida digna. El ser humano debe vivir de su trabajo. Pero, sucede que estas condiciones de trabajo deterioran la vida conyugal y familiar, porque impiden una normal convivencia y encuentro, y cuando se producen alejamientos largos el peligro es mayor.

4. Me visitaron hace poco unos dirigentes laborales del norte, que me referían que en las nuevas minas, muy importantes, ellos deben ir a trabajar por determinados días seguidos y después tienen otros días seguidos para estar en su familia u hogar. Hablaban de cuatro por cuatro, y ocho por cuatro, y hasta veinte por ocho. La primera cifra era el trabajo en la mina y la segunda, el tiempo en su casa. Ya no se construyen poblaciones en esas minas - como eran las Oficinas salitreras - sino sólo para albergar a quienes trabajan, y quedan residiendo en una ciudad cercana o de su origen.

5. Es decir, hay una cantidad de personas que debe ausentarse de su hogar o bien apenas tiene tiempo de encontrar a su familia por el ritmo de trabajo y de traslado al lugar de las labores. Esa ausencia deteriora, sin duda, la convivencia conyugal y familiar.

6. Por necesidad de tener mejores salarios también se trabajan horas extraordinarias, que se convierten en ordinarias, y con el aumento de los trabajos en el día domingo, en los centros comerciales, en la movilización pública y en otros servicios, se va diluyendo el tiempo de encuentro familiar.

7. Las consecuencias de esta situación, aumentada en los últimos años, ha producido un aumento de la desintegración familiar. Este es un hecho triste y que mucha gente está sufriendo, sin esperanza de remediarlo. Y esto lo deploran hasta los ejecutivos en esos trabajos y las mismas autoridades que tienen la misión de cuidar el mundo del trabajo.

II. LA FAMILIA

8. Durante su histórica visita a Chile el Santo Padre Juan Pablo II afirmó, en su homilía en Rodelillo, que la familia "es el lugar más sensible donde todos podemos poner el termómetro que nos indique cuáles son los valores y contravalores que animan o corroen la sociedad de un determi-

nado país"(n.7). No podría ser de otro modo, puesto que la familia es el lugar donde se adquiere la vida, se forma la conciencia de las personas, se aprende a valorar la tradición y se estimula el descubrimiento de la vocación personal desde la cual se tomarán posteriormente las grandes decisiones de la vida. Al mismo tiempo, los desafíos económicos, sociales, políticos y culturales que la sociedad constantemente debe resolver, repercuten en la familia transformándose en estilos de convivencia, de valoración del tiempo y de los recursos, de satisfacción de las necesidades humanas.

9. Son valores todos aquellos hábitos, actitudes, conductas y decisiones que desarrollan la persona humana y la hacen más consciente del amor a Dios y al prójimo como la ley que da cumplimiento a la vida buena. Son, en cambio, contravalores, aquellos hábitos, actitudes, conductas y decisiones que distraen del amor verdadero y ponen en su lugar el egoísmo, la autocomplacencia y la soberbia, que terminan por destruir a la persona.

10. La familia es el lugar donde se aprecia con mayor sensibilidad y en forma cotidiana, esta alternativa de desarrollo o de destrucción personal. Las personas encuentran en su interior una experiencia irremplazable de cariñosa atención a sus necesidades materiales y espirituales más concretas, pero lamentablemente sucede lo contrario cuando aparece una desunión o indiferencia difíciles de superar. Por ello, la sociedad entera debe cuidar con especial preocupación a las familias del país, para que florezcan días de paz, de cooperación, de solidaridad y de alegría para nuestra sociedad.

III. EL TRABAJO.

11. De entre los muchos factores que favorecen o debilitan la convivencia familiar, quisiera referirme en esta ocasión a las formas de trabajo que se desarrollan actualmente en nuestra sociedad, y que no siempre tienen en cuenta el bienestar de la familia.

12. Es muy positiva la actitud general que se advierte en el país de que el progreso depende fundamentalmente de las personas mismas, de su laboriosidad y esfuerzo para ganarse la vida, de su austeridad de costumbres, de su propensión al ahorro, de su aspiración a la educación y al perfeccionamiento. El trabajo bien hecho honra a la persona y le permite hacerse responsable por el destino de su familia y de la sociedad. Representa también una virtud social fundamental, puesto que permite la solidaridad entre las generaciones, sosteniendo a quienes, en razón de su corta edad, están formando todavía su personalidad y sus habilidades básicas y no han ingresado aún al mercado laboral, como a quienes, en razón de su edad mayor, gozan del merecido retiro después de una vida activa de esfuerzo y generosidad. Por ello, el énfasis cultural puesto en el trabajo responsable, como también el estímulo y recompensa monetaria entregada a quienes se esfuerzan por un buen rendimiento, son aspectos positivos que es necesario apoyar.

13. Un párrafo especial merece la incorporación creciente de la mujer al mercado laboral remunerado. Por una parte, no podemos más que alegrarnos de que la sociedad le reconozca a ella una mayor igualdad de oportunidades en el trabajo, valorando su desarrollo profesional y personal. Además, como resulta también bastante frecuente, la familia cuenta ahora con un segundo ingreso que puede aliviar sus necesidades.

14. Lo característico de una persona madura es su capacidad de armonizar sus talentos y virtudes en una justa proporción o jerarquía, que tenga en cuenta la totalidad de sus propias necesidades materiales y espirituales, como también, su responsabilidad como esposo o esposa, padre o madre de familia y educador de sus hijos. Son numerosas las actividades cotidianas, que realizan las personas, que no se miden por su productividad o por su eficacia, sino que se deben a la amistad, al servicio, a la participación ciudadana, a la pertenencia a una comunidad familiar, religiosa, profesional, educacional. Como recuerda el Santo Padre en Centesimus annus "existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado" (n.34) y que, no obstante, forman parte de los derechos reconocidos a cada ser humano por el ordenamiento jurídico. Entre ellas, muy especialmente, su libertad para amar y servir abnegada e incondicionalmente, sin esperar retribución. Si se

olvidara la existencia de este conjunto de actividades, o se las desvalorara en relación con las actividades productivas remuneradas, se corre el riesgo de perder ese profundo sentido de "gratuidad" que caracteriza a la vida humana misma, puesto que ella es, finalmente, un don gratuito del Creador, de quien provienen también todos los demás bienes.

IV. SITUACIONES ESPECIALES DE TRABAJO E INCIDENCIA EN MATRIMONIO Y FAMILIA:

15. Es preocupante que las oportunidades de trabajo y de progreso económico incluyan en algunos importantes casos, una extensión extrema de las jornadas de trabajo en detrimento de la vida privada u familiar. Pienso, por ejemplo, en el esfuerzo que se pide a los trabajadores de la minería, de la pesca, o del rubro forestal, etc. que se ven obligados a abandonar sus familias y a enfrentar intensas jornadas continuas de trabajo para poder ganar después algunos días de descanso, los que no siempre pueden compartir con sus familiares en razón de la distancia de sus hogares o del alto costo del transporte. Pienso también en muchos trabajadores del comercio y en tantas personas con régimen especial de trabajo que se ven privados del descanso dominical en razón de los servicios que prestan y son, de esta manera, sustraídos de sus familias en los momentos en que ellas más lo necesitan y disponen de tiempo para compartir.

16. Sabemos que, en parte, algunas de estas situaciones son inevitables por las exigencias propias de un proceso de trabajo continuo que no puede detenerse, o por la lejanía y la falta de condiciones apropiadas para que la familia acompañe al trabajador, cuando ello sea posible. Pero tampoco se puede negar que estas situaciones son, a veces, artificialmente producidas o incentivadas con estímulos económicos, bajo el supuesto de que el buen trabajador debe estar siempre disponible para la empresa, la que sabrá compensar esta disponibilidad con una buena remuneración o con la estabilidad del empleo. En algunos casos, como en el rubro del transporte, por ejemplo, la opinión pública suele enterarse de estas condiciones agobiantes de trabajo, a raíz de fatales y lamentables accidentes en las carreteras, con elevado número de víctimas.

17. Las consecuencias que para la familia tienen estas situaciones descritas pueden llegar a ser calamitosas: abandono temporal o permanente de los hijos, infidelidad conyugal, prostitución y, lo que penosamente se está incrementando con rapidez, la drogadicción que destruye inmisericordemente la vida de los trabajadores y de su entorno familiar. En ocasiones, la droga llega al hogar por la soledad y el abandono en que quedan los menores y los jóvenes. En ocasiones, por el alto stress a que se ven sometidas las personas en situaciones extremas de trabajo. Hasta los deportistas, identificados tradicionalmente como uno de los oficios más sanos y educativos, sucumben ahora a este flagelo enceguecidos por la obtención de altos rendimientos y por los estímulos económicos asociados a los mismos.

18. Sabemos que muchas empresas contratan trabajo femenino sólo a condición de que la mujer acepte retrasar y hasta proscribir su maternidad. Es ésta una vergonzosa discriminación ilegítima en contra de la mujer, pero también, un atentado contra la familia y contra el futuro de la misma sociedad. Las responsabilidades familiares comienzan a ser vistas como una odiosa y pesada carga que sólo representa costos y que quienes ofrecen empleos no están dispuestos a solventar. Si esto ocurre, a veces, hasta en los empleos más honorables, con cuánta mayor frecuencia suele ocurrir en aquellos casos en que se busca sacar ventajas económicas de la condición femenina misma, de su figura física, de su buena presencia, del carácter provocativo de su vestimenta o de su sensualidad. En la mayor parte de estos casos, la maternidad queda descartada de plano, como contraindicación insuperable para el empleo, y hasta el mismo matrimonio parece imposible.

19. He sido informado de algo que sucede en algunas cafeterías, en que la mujer que allí trabaja está vestida apenas y con una finalidad provocativa sexual. ¿Qué tiene esa persona en ayuda a prepararse al matrimonio si no es casada, y qué afecta en su interior esa conducta para la fidelidad conyugal si es casada, y para educar a sus hijos si es madre de familia? Se advierte allí que se usa a

la mujer como un objeto; no se la trata con una dignidad personal. Triste para quienes son propietarios de esos centros, y triste para quienes trabajan en ellos. (Me han dicho también que se da un caso paralelo de un trabajo de hombres en cafeterías, con la misma finalidad de provocación sexual en su vestimenta y actitudes. Las consecuencias para ellos son iguales a las que hemos insinuado más arriba). Aquí aparece claro que todo se valida por las exigencias de la competencia comercial. Notamos, igualmente, que de esta manera se prescinde de Dios en la vida diaria por parte de quienes son propietarios de esos centros comerciales e involucran en este olvido de Dios a quienes trabajan con ellos.

V. LA ECONOMIA Y LA SOCIEDAD.

20. Una economía que castiga duramente la maternidad y la paternidad, e indirectamente, la existencia de la familia, no puede ser una economía sana, aún cuando pueda mostrar a su favor buenos indicadores de crecimiento y de eficiencia.

21. Como la experiencia internacional enseña, la destrucción de la familia es fuente de profundos desequilibrios sociales y personales, que acaban con la indispensable solidaridad intergeneracional que es la fuente de la estabilidad social. Donde ello ha ocurrido y las razones para trabajar se han desligado de la responsabilidad por la familia, la competencia despiadada de todos con todos alimenta la corrupción, la obtención de dinero fácil y la proliferación de actividades ilegítimas.

22. Debemos estar vigilantes para que no nos suceda otro tanto. La responsabilidad por la familia juega un sano papel moderador de las ambiciones desmedidas y del éxito a cualquier precio. Todo padre o madre de familia encuentra en ella una razón objetiva para vivir más allá de sus logros personales, como también, un motivo profundo para dejarles a sus hijos en herencia un patrimonio espiritual de honorabilidad y de respeto.

23. Sería injusto, sin embargo, hacer recaer sobre los empleadores todo el costo económico que significa la posibilidad de desarrollar una familia normal. Lo que está en juego es el bien común de la sociedad y, por esta razón, al aporte de las empresas debe sumarse también el aporte del Estado y de las políticas públicas que, a través de subsidios e incentivos tributarios, como también a través de la inversión en infraestructura, en equipamiento comunitario, en educación, salud y vivienda, en deportes, en parques y otras alternativas de recreación, puede crear las condiciones apropiadas para dar al grupo familiar las oportunidades de compartir entre ellos y desarrollarse mutuamente según los valores del espíritu.

24. La Iglesia está consciente de que el futuro de la humanidad pasa a través de la familia, y hará por ello, como ha sido tradicional, todo lo que esté en sus manos para favorecer y servir a la familia en sus necesidades espirituales y materiales, especialmente a aquellas más desprotegidas que no pueden esperar que el éxito de las políticas sociales alcance también para sus miembros.

25. La defensa de la familia es una tarea cotidiana que se realiza silenciosamente entre todos quienes están dispuestos con generosidad a entregar su tiempo, su responsabilidad y sus deseos de servir a la obra común que representa toda convivencia. Por ello es muy importante que quienes ofrecen trabajos remunerados, hagan compatible las exigencias de la producción con la protección de la maternidad, de la familia y de la educación de los hijos. No se trata siempre de grandes decisiones, sino la mayor parte de las veces, de pequeñas decisiones que, no obstante, favorecen o entorpecen el desarrollo de una vida familiar estable entre quienes están obligados a salir cotidianamente del hogar al trabajo.

VI. TALLERES DE FAMILIA.

26. La gran tarea que corresponde a la sociedad como tal, a todas las fuerzas sociales, es fortalecer la familia. En nuestro reciente IX Sínodo de Santiago hemos tratado con gran claridad el tema (nn. 651-686), y remito a que eso se pueda estudiar y llevar a la práctica.

27. En las diversas instancias sociales se debe tener una reflexión muy seria y de proyecciones para realizar en la vida diaria acerca de cómo hacer posible una vida matrimonial y familiar en los tan variados ámbitos de trabajo que dignifique a las personas y que permita realizar los ideales de todo matrimonio y de toda familia. Si se dan problemas y debilidades y yerros - que siempre han existido - eso no puede ser provocado ni sostenido por las condiciones laborales en que se encuentre el esposo y la esposa o el padre y madre de familia.

28. Con las grandes capacidades actuales de programación de actividades económicas, con esas mismas capacidades, debe promoverse una reflexión como la que indicamos y no para quedar en un plano de ideas o teorías sino para aplicarlas a las condiciones concretas que se viven en el trabajo. Esto hay que hacerlo con los mismos protagonistas del trabajo, hombres y mujeres, que se encuentran en estas condiciones de que su matrimonio y familia puede sufrir deterioro y hasta desintegración por la situación a que les obliga el mismo trabajo.

29. Tener talleres con ellos en que se trate del ideal del matrimonio y de la familia y cómo implementar y realizar esos ideales con medios y actitudes prácticas, en que todos puedan contribuir con su experiencia es una primera parte de esos talleres.

30. En seguida, que se estudien las dificultades que produce el trabajo en el matrimonio y en la familia, como el alejamiento del hogar para quienes deben trabajar fuera y por varios días o temporadas, la extensión de los horarios de trabajo, el domingo día de trabajo, etc., que hace difícil el encuentro entre marido y mujer, entre padres e hijos. En el examen de estas dificultades todos deben aportar la realidad en que se encuentran.

31. Por último, en esos talleres deben estudiarse, proponerse, cosas prácticas, actitudes, comportamientos para superar esas dificultades y hacer posible vivir el ideal de vida de matrimonio y familia, teniendo en cuenta el dolor y las frustraciones que provoca el deterioro familiar y más aún la desintegración de la familia, y cómo esto tiene consecuencias sociales.

32. Pedimos a la Vicaría de Pastoral Familiar, a la Vicaría de Pastoral para los Trabajadores y a la Vicaría de Pastoral Social que también puedan ofrecer este tipo de talleres y, de esta manera, se tenga un tiempo especial para acercarse a Dios, para invocar su ayuda y la de la Santísima Virgen María. Sabemos que hay cosas muy difíciles en este ambiente familiar, pero nuestra fe nos dice que "...a Dios todo le es posible" (Mc. 10.27).

33. Tenemos esperanza de fortalecer así la familia condicionada por el trabajo en sus relaciones interpersonales y se puedan superar los factores de deterioro y disgregación familiar. La ayuda y la gracia de Dios y de María harán más posible estos nobles pasos en favor del matrimonio y de la familia.

34. Queremos hacer aquí una especial mención de los abuelos. La misión de los padres nunca termina, y los abuelos tienen hoy día una especial importancia respecto de sus nietos. Si hay dificultades de encuentro entre los padres y los hijos, la presencia de los abuelos es una ayuda inmensa en esos hogares para llevar afecto, diálogo, comprensión y sentido de familia. Este elemento debe ser considerado también durante los Talleres de familia (cfr. mi "Carta a los suegros", 26 de julio de 1994).

VII. CONCLUSION.

35. Se ha visto que ha ido creciendo la brecha entre los valores familiares y sociales y ciertos componentes sustentadores del crecimiento económico. Además, tristemente, hay efectos destructores del matrimonio, de la familia y en los hijos, y que estudios recientes han comprobado el aumento de disgregación familiar por las causas anteriores. Esto va gestando un drama social al que no podemos permanecer indiferentes como si no percibiéramos su realidad tan negativa para quienes sufren estas situaciones y para la sociedad.

36. Lo importante es dar pasos serios, eficaces y comprometidos para superar este deterioro y desintegración familiar que tiene su causa próxima en el condicionamiento que impone el trabajo. Valorando lo que es el trabajo en la vida humana y su función tan noble, no es posible transformarlo en una causa dañante de la dignidad de la persona humana y del matrimonio y de la familia.

37. Entre esos pasos positivos para superar esta difícil realidad, llamamos a la reflexión sobre esta delicada materia a quienes tienen responsabilidades sociales y a proporcionar talleres de encuentro con quienes están afectados por el trabajo en su vida personal y familiar para que con ellos mismos se pueda encontrar un camino de solución en esta urgente materia, con medios prácticos y cercanos para ellos.

38. Particularmente, confiamos en la presencia de Jesucristo Nuestro Señor y de María Santísima, su Madre, y San José, carpintero, que iniciaron la Sagrada Familia en Belén, para que invocándolos a ellos, siguiendo las enseñanzas del Evangelio y con actos de oración en la misma familia de cada uno - "la familia que reza unida permanece unida" - se pueda tener una feliz transformación en estas dolorosas situaciones que producen deterioro y desintegración familiar. La Iglesia está activa y esperanzada en que se trabaje en este sentido en todos los sectores sociales, y ofrece su ayuda con este objetivo.

39. Pido a Dios Padre que proteja con su gracia la vida familiar cotidiana, especialmente en el mundo del trabajo y que bendiga abundantemente a quienes decidan mejorar las condiciones laborales de sus empleados para facilitarles una vida familiar sana y fecunda, para que siempre estén dispuestos a ayudar a quienes dependen de ellos a alcanzar esa fidelidad matrimonial e integración familiar que hace la felicidad del ser humano. Los matrimonios y familias, igualmente, alcancen la bendición de Dios para superar, con fe y esperanza, las dificultades provenientes de sus condiciones laborales. Y tantos jóvenes que hoy día no tienen trabajo, que están desocupados, puedan ser atendidos y alcanzar este medio de vida que es el trabajo honesto para el ser humano. Para ellos, que son tan numerosos y conforman el futuro de la sociedad, pido fervientemente la ayuda de Dios y María Santísima. .

40. Mi bendición de Pastor para todos cuantos acojan esta Carta Pastoral y se esfuercen por realizar su contenido, con la participación de muchos interesados directamente en la materia que hemos propuesto.

+CARLOS CARD. OVIEDO CAVADA

Arzobispo de Santiago de Chile

¿TEOLOGIA DEL TRABAJO? Antonio Andrés

Se me piden unos folios de cara al Primero de Mayo, Día Internacional del Trabajo, a pesar de mis objeciones de incompetencia. Me siento con libertad de decir algo de lo que pienso, a cambio de la misma libertad para que no se haga público si así lo consideran los responsables.

Con la teología del trabajo me ocurre algo parecido a lo que con la teología del laicado. Si alguno me pide algún título nuevo sobre el tema de los laicos, le remito a la obra de Ives Congar, *Jalones para una teología del laicado*, que leí hace cerca de cincuenta años, y si a alguien le interesa profundizar en la teología del trabajo, enseguida me acuerdo de M. D. Chenú, también de los años cincuenta.

Eso no quiere decir que después no se hayan escrito importantes obras –y se continúan escribiendo- que aborden en profundidad situaciones nuevas y tengan en cuenta investigaciones sociológicas y económicas que han producido transformaciones imprevisibles hace unas décadas. Pero ese es un terreno en el que me declaro ignorante o simplemente aficionado. Prefiero moverme en un área más reducida y modesta en la que, sin embargo, hay luz para proyectar sobre la realidad presente, por compleja que se nos ofrezca. Luego se apreciará en algunos ejemplos.

Planteo el tema con interrogantes, porque la luz la voy a buscar en la Biblia, o más expresamente en lo que los cristianos creemos la Palabra de Dios. Y la Biblia no es teología, ni hace teología, a excepción de ocho capítulos de la carta a los Romanos y poco más. Somos nosotros los que hacemos teología como intento comprensible de sistematizar lo inefable.

Y si lo que hago es buscar la palabra “trabajo” en los setenta y dos libros canónicos, no consigo hacer una síntesis en la que entren sin embudo todas sus ricas y contradictorias acepciones.

1.- Trabajo y Escritura

La primera página del Génesis -y de la Biblia- ya nos presenta a Dios “trabajando”, transformando el caos primordial en universo ordenado, o creando de la nada una obra que la criatura humana –hombre y mujer- a su imagen y semejanza, ha de cultivar y guardar. El verbo que emplea la Biblia para designar la actividad de Dios –“continuar”- es el mismo cuando se trata de su obra creadora como de su obra salvadora en la historia humana. Pero cuando se trata de la creación Dios “descansa” y cuando se trata de la salvación no para. Hombres y mujeres también “descansan”, pero entran en el gran taller de la naturaleza para colaborar en la obra creadora.

Ese “trabajo” fatiga, pero es hermoso y gratificante. Solo cuando la naturaleza rompe su vínculo de origen con el Creador y pretende justificarse por sus obras, en el trabajo se refleja también esta ruptura, y es experimentado como condena y castigo. Sigue siendo un don y un derecho innato la capacidad de emplear la inteligencia en el desarrollo de todas las potencialidades del universo, y de sí misma, desde la libertad y la responsabilidad. Pero todo se ha dañado por la mentira –no se mantuvo en la verdad de su condición de criatura- que conduce a la acusación y a la exculpación, a la justificación y al homicidio de quien ya no se ve como compañía, ayuda y hermandad que guardas, sino como culpable, rival, enemigo del que librarse, obstáculo del que guardarse y no hermano a quien guardar.

Entonces el “trabajo” del Creador que había terminado con la creación y se reducía a sostenerla e insuflar su aliento en la criatura humana, ahora consiste en recrear lo que se ha descreído y descreado, desnaturalizado. Para Dios todo es posible, pero prefiere un mundo imperfecto contando con la libertad humana, que un mundo perfecto sin contar con la libertad humana. Esto le costará “mucho trabajo” a Dios y eso es el significado de la historia a la vez como historia de salvación y como misterio de iniquidad. En ese sentido Jesús puede decir: *Mi Padre no deja de trabajar y yo ni más ni menos*. Frente a las “torres de Babel” generadas por la soberbia y productoras de confusión –

a lo largo de la historia se han multiplicado: son torres gemelas, de racismo y dominación-, Dios propone un pueblo pequeño y sometido, luego emigrante –uno de los que hoy diríamos del tercer mundo-, para que aprendan a vivir como hermanos libres e iguales en dignidad, y con el que sella una alianza. Lo liberará de la esclavitud del trabajo forzado, de la dependencia política de otro pueblo poderoso, del miedo a la libertad. Pero una vez asentado como pueblo, caerá en lo mismo de lo que se había librado. Ambicionará becerros de oro, ídolos en lugar del Dios escondido, reyes como los demás pueblos y ejércitos y armas para matar y riquezas para vivir sin trabajar a costa de los pobres. Dios suscitará profetas, personas que digan la verdad para rehacer la alianza. Morirán como enemigos del pueblo. Un “resto” permanecerá fiel y pasará la promesa de una nueva y definitiva alianza, de un reinado de Dios, de generación en generación. Es la promesa de un corazón nuevo, de una efusión del Espíritu, de una humanidad renacida y regenerada.

2.- Jesús el Cristo, Dios y hombre verdadero

Esta humanidad nueva es Jesucristo, encarnación de Dios en la vieja humanidad y en la historia universal de la infamia como historia de salvación, como historia de Dios en la libertad humana que se deja transformar y quiere colaborar.

Llama la atención que Jesús, cuya mayor parte de su corta vida la pasó trabajando como un pobre y que en sus parábolas empleó muchas veces términos referidos a la vida laboral, apenas dijo algo destacable sobre el valor del trabajo. El breve tiempo que dedicó a lo que llamamos la vida pública, dejó su oficio y lo mismo hicieron los pescadores o el recaudador de impuestos, cuando se convirtieron en seguidores suyos y formaron comunidad de vida con él. Dejar las redes y la barca, o la oficina de cobro, representa tanto como dejar la familia, en signo plástico de la llegada del reinado de Dios.

En el conocido popularmente como el “sermón de la montaña”, y para muchos la carta magna del evangelio de Jesucristo –la buena nueva-, Jesús invita a una vida que cuenta con la persecución y el odio mortal, pero que proclama como feliz y bienaventurada, entre otras cosas porque está liberada de las preocupaciones y angustias por el qué comer, qué beber, qué vestir, porque *ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso* y recuerda a los pájaros que, *no siembran ni cosechan, ni guardan en graneros, y, sin embargo vuestro Padre que está en los cielos los alimenta ¡y vosotros valéis mucho más que los pájaros!* También evoca a los lirios del campo, *como crecen. No trabajan ni hilan, y, sin embargo os digo que ni Salomón, con todo su esplendor, llego a vestirse como uno de ellos, y añade: Pues si a la hierba del campo que hoy es y mañana será quemada en el horno, Dios la viste así, ¡no hará mucho más por vosotros gente de poca fe?,* y termina: *Vosotros, antes que nada, buscad el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura. No os inquietéis pues, por el día de mañana, que el día de mañana ya traerá sus inquietudes. A cada día le basta su propia malicia.*

He transcrito casi integro este pasaje, no para provocar –en todo caso es el propio Jesús el que provoca- y precisamente al intentar responder a una propuesta para una teología del trabajo (¡!).

Antes de seguir quiero hacer unas advertencias.

No creo que si estas paginas salen a la luz pública encuentren lectores agnósticos o ateos. De ocurrir eso supongo que les confirmaría en su convicción de que la Biblia es un montón de mitos imposibles de tomar en serio para una mente ilustrada por la civilización tecnológica. Yo, por mi parte, no pienso ponérselo más fácil y digerible convirtiendo la Palabra de Dios, asesinada por los poderes de este mundo, en una fábula moral, disolviéndola en simbolismos orientales que no hay que tomar al pie de la letra. Por supuesto que no. Pero tampoco sin escamotear lo que nos cuestiona, y esto vale también para creyentes. Hay una manera domesticada de leer la Escritura que desactiva su carga explosiva: oí hace años en un retiro para curas, usar ese texto y otros para justificar que “*la vocación sacerdotal excluye el trabajo manual*”, y por tanto para culpabilizar a los curas obreros.

Pero el evangelio no habla de eso. Se dirige a los discípulos que entonces y ahora quieran seguir a Jesucristo y ser movidos por su Espíritu, solteros y casados, hombres y mujeres.

También una advertencia para la lectura “comprometida” o “progresista” del evangelio en el que “buscar el Reino de Dios y su justicia” no sería sino buscar la democracia y el socialismo o el comunismo o el anarquismo, el cambio de estructuras, la lucha política y sindical, la lucha de clases para hacer real la utopía. Para ese viaje no harían falta las alforjas —el rodeo- de la Biblia.

Por supuesto que buscar el Reino de Dios y su justicia tiene que ver con la comida, el vestido, el techo. Dios no quiere reinar sobre espíritus puros, ni siquiera sobre ascetas o chamanes, sino sobre personas de carne y hueso, sobre seres de necesidades que han de ser satisfechas. *En la tarde de la vida* —dice San Juan de la Cruz- *nos examinarán del amor*, en clara alusión al texto evangélico del juicio de las naciones. Es mentira el amor que no comparte la comida con el hambriento, ni el agua con el sediento, ni el vestido con el desnudo, ni la salud con el enfermo, ni la libertad con el preso, ni el hogar con el inmigrante. No como limosna desde arriba sino como satisfacción de una deuda entre iguales.

Cuando se encuentra una multitud que ha acudido a escuchar su palabra, en descampado y hambrienta, Jesús sabe que no solo de pan vive el hombre, pero también de pan y de algo que lo acompañe, como el pescado. Siente compasión por la gente y dice a sus discípulos: “*dadles vosotros de comer*”. Con perdón, Jesús no ha inventado Caritas, ni una ONG, ni cualquier forma de beneficencia de los que tienen a los que no tienen. El pueblo de Dios, la comunidad de Jesús, la verdadera Iglesia, no se forma con personas que dan de lo que les sobra y de personas que reciben de lo que les falta, sino de pobres y empobrecidos voluntarios que comparten todo de manera que no haya indigentes ni sobrados, como relata por dos veces el libro de los Hechos de los Apóstoles. En la Comunidad de Jesucristo, vislumbre de lo que será el reinado de Dios, se trabaja, porque el que no trabaja no tiene derecho a comer: no es una comunidad de gandules y ociosos disimulados de místicos. “Oran” y “laboran”, aun sin hacer del trabajo el centro de la vida. Pero tienen sitio, y con igual reconocimiento y dignidad, los que no pueden trabajar, no por estar parados por el sistema, sino por enfermos, inválidos, viejos, niños. A cada uno según lo que necesite, no según lo que produce, hereda o cree merecer. La vida es gratuita, tiene su finalidad en ella misma, no se gana ni merece, se vive, se da sin retenerla, se pierde y así encuentra su verdadero sentido como vida humana.

3.- La comunidad de Jesús

Si los discípulos dejaron el trabajo de pescadores de peces para ser pescadores de personas para la comunidad del Reino, Pablo, admitiendo su derecho a vivir del evangelio como el obrero a su salario, por no ser gravoso a las comunidades y para que sea visible la gratuidad de lo que recibió y que ha de dar gratuitamente, encuentra tiempo para trabajar con sus manos y proveer a sus necesidades y negará que sea la cena del Señor, cuando se reúnen a celebrarla los hartos y los que pasan hambre.

La comunidad cristiana que anuncia y anticipa el reinado de Dios no tiene por misión cambiar el mundo y transformar las estructuras de una sociedad. No cuenta con la conversión de los ricos, sabios y poderosos para que mejore la suerte de sus víctimas. Tampoco calla ante las injusticias, procedan estas del ámbito económico, político o religioso. Por eso pueden morir sus miembros de muerte violenta como su Señor que clamó contra los ricos, los hartos, los que ríen a costa de los que lloran y carecen, y se enfrentó al dios de este mundo. Pero, también como su Señor, ponen toda su energía, todo el trabajo, incluso los sábados judíos y los domingos cristianos, en vivir una vida alternativa sin salirse del sistema, pero también sin pertenecerle. Es una comunidad de pobres con Espíritu, abierta a todos los demás pobres, para una comunión de personas libres, que no tienen miedo, que han reconocido en su Señor al único digno de fe. Serán sus testigos, sal de la tierra, luz del mundo, levadura en la masa, vivirán ya de lo que esperan, la victoria final del Amor sobre la muerte y sus armas de destrucción masiva. Este es el trabajo incesante y gratuito de los discípulos

del Crucificado-Resucitado. Ateos de todos los ídolos, perseguidos por todos los imperios, pero transmitiendo a través de los tiempos la memoria viva de Jesús el Cristo.

La comunidad cristiana no es un monasterio, aunque haya habido, y siga habiendo monasterios cristianos. No es una huida del mundo sino una alternativa –la alternativa de Dios- a este sistema. Participa, con los hombres y mujeres que tienen hambre y sed de justicia en todo lo que haya de bueno, justo, honrado, en todas las buenas causas, y consciente que el Espíritu del Señor no es su monopolio. Si donde está el Espíritu del Señor está la libertad, también Él sopla donde quiere sin que nadie pueda controlar de donde viene y a donde va. Él es la Energía de Dios en la historia humana y hace posible, si los humanos le dejan, hacer la verdadera obra de Dios y la verdadera obra humana, encarnada en Jesucristo y continuada por sus seguidores, confesantes o anónimos. La comunidad cristiana se alegra de la fe de los no confesantes y no oculta el nombre que para otros es desconocido, ni se calla lo nuevo que sabe y experimenta. Lo que ha oído en su intimidad ha de pregonarlo en las calles y las plazas. Si se hace presente en la denuncia de la guerra, de la explotación del primer mundo sobre el tercero, de los genocidios -no solo con las armas letales, sino con las transnacionales, incluidas las farmacéuticas y alimentarias, con el envenenamiento de los campos y de las almas, del aire, el mar y la tierra, etc-, se hace más presente viviendo y anunciando otro modo de vivir en el que no depender del sistema de muerte, ni creer en las falsas necesidades que genera, no comprar la mercancía averiada y criminal y abastecerse con el mismo que la hermana con los pobres que no tienen nada y con la fuerza del Espíritu que da vida y coraje para que aparezca algo nuevo.

4.- La Comunidad de Jesús tentada y caída en la historia. Pero...

Pero la comunidad cristiana, a lo largo de la historia, como ahora, no ha sido fiel a su vocación y ha caído generación tras generación en las tentaciones que su Señor venció, aunque siempre ha habido réplicas cristianas a la seducción del sistema. Creada en Jesucristo para volver a ser imagen y semejanza de Dios y por ello des/imagen y des/semejanza del sistema, es necesario plantearse hoy lo que no solo parece –lo es- imposible sino quimérico, no deseable, idealista en el peor sentido, incluso por los que se consideran cristianos y cristianos comprometidos. Es imposible para nosotros. Pero no para Dios: todo es posible si nos fiamos y tenemos fe. Todo es posible al que cree. Ha ocurrido y sigue ocurriendo y puede ocurrir más si permitimos y cooperamos en que este embarazo no se frustre y aborte sino que acabe en alumbramiento.

Pero el que haya soportado leer hasta aquí esperando encontrar alguna luz para moverse en este mundo concreto, para hacer lo que Dios quiere, pero sin escapar de las condiciones reales, puede sentirse decepcionado, y con razón. Espero llegar a acercarme a eso, pero no garantizo mucho. En el mismo Nuevo Testamento y especialmente en las cartas de Pablo, se cuenta con la realidad cruda de la esclavitud, la idolatría, y tras establecer lo esencial en teoría, se llega a aplicaciones prácticas mucho menos radicales. Tal vez no sea esta aplicación, como una especie de normativa ética o imperativo categórico kantiano, la vía más fecunda para actualizar el evangelio de Jesucristo. Como decía el santo de Ontiveros, *para ir a donde no sabes has de ir por donde no sabes, para ir a lo que no conoces has de ir por donde no conoces*. No es receta para místicos. No hay recetas. Es Jesús el camino y la verdad y la vida, siempre novedad, siempre por descubrir, siempre por practicar y verificar.

No parece sino que, en vez de acercarme, elijo el camino de alejarme, como si considerase que no importan mucho los cambios episcopales, culturales, de civilización: en definitiva los cambios históricos, la historia misma. Sería contradecir la Escritura que, a diferencia de los griegos, entiende la historia como historia de salvación, y sería maniqueísmo desentenderse de lo que sucede aparentemente, al menos, al margen de la revelación. La realidad es compleja porque no se resuelve en la aporía “misterio de iniquidad-misterio de salvación”, sino más bien en la mezcla inexplicable

del trigo y la cizaña, que solo se discernirá a la hora de la siega, cuando la historia desemboque en la eternidad.

5.- Por abreviar: la historia

Algo en común –con todas las diferencias y matices que se quiera- a la historia humana, en cuanto los pueblos salen del estadio primitivo y se organizan – “progresan”- hacia formas “civilizadas” hasta crear imperios o naciones es, que una mayoría trabaja para una pequeña minoría que vive a costa del esfuerzo de la mayoría y disfruta de los bienes que esta produce. Entiéndase como se entienda, esta es la consecuencia o la manifestación más evidente y constante de la impostura humano con Dios y con los semejantes. Mesopotamia, Egipto, China, Babilonia, Roma,... y tras el feudalismo las católicas monarquías que extienden su civilización por Oriente, y por el Oeste, y por el Sur y por todo el planeta. Llamamos descubrimiento a lo que ya estaba descubierto por sus primeros habitantes, que habían llegado a tener sus propias culturas y modelos de convivencia, aunque con el carácter común de los occidentales de la explotación de las mayorías por una minoría en el poder.

La ocupación, colonización, sometimiento y expolio de sus materias primas ha supuesto en estos últimos cinco siglos una tremenda deuda de la civilización occidental y también llamada cristiana, con el resto de la humanidad. A pesar de la proclamación de la Revolución Francesa – libertad, igualdad, fraternidad- la caída del “antiguo régimen” que dará lugar a la aparición de un “orden nuevo”, el del poder emergente de la burguesía, se hará con la sangre de los “sans-coulottes”, los pobres que no tendrán luego opción al voto democrático por no ser “contribuyentes”. De este modo, serán los pobres quienes llevarán el peso del trabajo de la República, pero carecerán de dinero para contribuir y, por tanto, para votar. Con la diosa Razón entronizada, fue posible la ilustración, el siglo de las luces, pero la *economía de la creación, de la salvación y de la Gracia para todos* fue razonablemente sustituida por la economía capitalista: obtener el máximo beneficio al menor coste. Con el avance de las ciencias físico-matemáticas y a la sombra de su creciente prestigio, se pretendió que la “ciencia económica” tuviera el mismo carácter de precisión y objetividad que las ciencias naturales, de manera que las leyes que rigen la economía se considerasen tan precisas y exactas como las de la física o la astronomía, y por tanto no susceptibles de someterse a código moral o religioso.

Secularizado el cristianismo como religión dominante en Occidente -con el mandamiento del amor al prójimo como fundamento práctico-, es sustituido por el axioma universal “no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti” y la declaración de los derechos humanos basada en el carácter de fin en sí misma de toda persona, que nunca se puede utilizar o sacrificar como medio.

Pero a lo largo de los dos siglos últimos y lo que va de este, el atropello de esos derechos no ha hecho sino exacerbarse, y no es preciso dar cifras y poner ejemplos.

En la practica se ha ido abriendo paso sin pudor, lo que postuló el padre teórico del liberalismo económico Adam Smith como verdad científica: en el mercado capitalista la libre (!) actividad de los individuos, guiados solo por su ambición y su egoísmo, no conduce al caos, sino a los resultados más beneficiosos para el conjunto, gracias a la “mano invisible” del mercado, que ordena todo para el bien común. Es la certificación “científica” de la bondad del sistema.

6.- ¿Aterrizando?

Ahora sí que voy a intentar muy modestamente, abordar cómo en aquí y ahora de nuestra sociedad, podría manifestarse la sal del evangelio de Jesucristo; a sabiendas de que la mezcla del trigo y la cizaña, la contradicción entre lo viejo y lo nuevo nos acompañará siempre, pero al menos distinguiendo lo que es trigo de lo que es cizaña, lo que es sal de lo que es insípido, lo nuevo de lo viejo, sin metáforas, lo que es humanizador de lo que es deshumaniza o inhumaniza.

Escribo esto mientras escucho, después de haberlo leído que hoy se cumplen diez años del genocidio de Rwanda, el mismo día en que se anuncia un notable avance en la comercialización del tratamiento contra el Sida que disfrutamos en el Norte por medio de genéricos, a países de África donde se producen la mayoría de infecciones y muertes, entre otros la propia Rwanda. Ahora sabemos que el genocidio no se explicó simplemente por odios tribales entre hutus y tutsis sino que detrás había intereses económicos de potencias como Francia y Estados Unidos en torno a los Grandes Lagos en el Congo. En efecto, además de otras utilidades para la industria bélica, el abundante mineral conocido como “coltran” es imprescindible para los teléfonos móviles que se han hecho también imprescindibles para nosotros.

Veamos en este caso como crecen juntos el trigo y la cizaña.

Una de las tareas más hermosas ofrecidas a la inteligencia humana es combatir el sufrimiento y la enfermedad, las lacras de la condición humana, como fragilidad y como libertad extraviada. El invento del móvil, como antes el teléfono, el correo, el ferrocarril y tantas otras cosas para acercarnos, ayudarnos, comunicarnos es respuesta creativa a la vocación del trabajo para mejorar la tierra y la vida de los que en ella viven. El avance de la medicina para curar, luchar contra las pandemias y vencerlas, desde la lepra a la tuberculosis, desde la malaria al sida es una gloria de la especie humana, como todo lo que ha servido y sirve para extraer y potenciar lo que oculta el planeta y el propio ser humano. La historia como superación de la naturaleza que remite sus ciclos, como avanza incesante, como proceso y como progreso.

Volviendo al sida y al “coltran”. Testigos de la mutación salvaje de un país como Rwanda, no solo por el genocidio sino años antes por la aparición repentina de una enfermedad devastadora y todavía sin nombre, tienen razones para afirmar que el sida africano es inducido desde fuera. Solo cuando aparece en Estados Unidos y en estrellas del cine, se le asocia con la hemofilia y la aguja. El tremendo esfuerzo de los laboratorios para detenerlo es estos veinte últimos años ha dado resultados pero solo en el mundo “civilizado”, porque el producto es bueno, pero caro. Es un negocio no al alcance de los pobres y por eso la enfermedad se extiende por África, la India, Brasil,... con índices de muerte a causa del virus parejos a los índices de muerte a causa de la desnutrición. El progreso, el avance humano, en el que tantas vidas anónimas han trabajado por el bienestar de la humanidad, ha afectado solo a una exigua parte privilegiada, mientras otras siguen en la prehistoria, pero con el agravante del expolio de sus riquezas naturales y la intoxicación y envenenamiento del progreso no disfrutado, sino padecido. El avance industrial y tecnológico está degradando y atropellando el ecosistema y atacando el equilibrio del planeta, y son muchos los responsables de esta barbarie que se llaman cristianos e invocan a Dios, y muchos los que nos beneficiamos y somos cómplices, aunque acudamos a manifestaciones en contra y suscribamos campañas de denuncia.

¿Cómo hacer vivible y visible el Evangelio en estas condiciones? ¿Cuál debería ser el trabajo, la tarea de los cristianos que quieran ser verdaderos sin engañarse y se sienten paralizados sin saber por donde empezar?

Hay un modo de escaparse, y este escrito puede favorecerlo, que es ante la globalización de la injusticia, desentenderse de lo cercano, de lo que tiene realidad concreta, del mal que también hace víctimas y excluidos en la mal llamada sociedad del bienestar. Desde el primer informe FOE-SA de Caritas, en España no se baja de los ocho millones de pobres: el trabajo se degrada y se maquillan los índices del paro con contratos basura, por no hablar de los inmigrantes sin papeles que trabajan sin seguridad social y en condiciones salariales y de horarios indignantes. Lo que es cierto también es que no se puede entender ni abordar lo que ocurre aquí sin entender ni abordar los mecanismos que mueven el sistema mundial de iniquidad. Si algo debería significar el término “católico” habría de ser una mirada universal desde lo concreto, a imagen de la mirada de Dios, que ve cada rostro como si fuera el único, y padece la inhumanidad de cada verdugo y cada víctima a la sombra de la cruz proyectada sobre toda la historia humana.

7.- No otro escape ¿apocalíptico?

La sociedad occidental ha desarrollado formas productivas extraordinarias, pero las ha desarrollado con tanta destructividad que ella misma se encuentra en el límite de su propia existencia y de la posibilidad de existencia del propio sujeto humano.

Este desarrollo de las fuerzas productivas ha destruido la capacidad de vivir de la mayoría de la población mundial. Ha empleado el avance de la psicología y de la medicina en sistemas de tortura de alta sofisticación capaces de destruir la dignidad humana. Ha generado una escalada de armamento que, de aplicarse como en Hiroshima y Nagasaki, aniquilaría este planeta. Ha creado una tecnología tan irracional que ella misma, sin necesidad de guerras, tiende a eliminar la vida en la tierra.

El siglo que ha pasado ha sido el siglo de los grandes campos de concentración y exterminio de su primera mitad – Auschwitz esperaba a sus inquilinos con un cartel: “El trabajo dignifica al hombre”- a los Gulags del mundo libre que se extienden por todo el tercer mundo en la forma de grandes campos de miseria, enfilados por los servicios secretos y los agujeros negros, en los que desaparecen quienes se resisten. El siglo XX termina con el genocidio de Rwanda, con la primera invasión de Irak por su potencial petrolífero y el siglo XXI empieza con las torres gemelas, la invasión de Afganistán y la segunda agresión a Irak. Todo ello en nombre de la democracia, del mundo libre, del eje del bien frente al eje del mal y la alarma y el pánico ante el terrorismo sin Estado y sin rostro. Mientras, el pueblo palestino se desangra, porque no tiene el oro negro, por el pueblo elegido que padeció antes persecución y exterminio.

Estamos ante la culminación de un largo proceso. Desde el siglo XV la sociedad occidental se des-orienta y percibe el resto del mundo como un botín. Domina y coloniza a los demás continentes, transforma África en un campo de caza de esclavos y erige en América el mayor imperio de trabajo esclavista, conquista Asia y la transforma en un simple productor de materias primas para sus metrópolis y destruye su producción tradicional. Mucho antes que Hitler y su paranoia de la raza aria, la sociedad occidental ha considerado la raza blanca como superior. Su imperio ha sido y es un imperio de esclavitud racista y siempre, y también ahora, lo ha hecho todo para salvar a la humanidad, para implantar la buena nueva de la libertad, que llamó democracia. Y se ofrece como solución a los endiablados conflictos que ella misma ha creado. Las tres últimas décadas ha ido desembocando en una mística letal de sus mecanismos sociales dominantes, en una mística del mercado. Una fiesta antes del hundimiento del Titánic, un gran derroche antes de la caída, un baile frenético sobre el volcán en erupción.

Este modo apocalíptico de describir que debo al economista alemán Franz Hinkelamert, exilado voluntario al tercer mundo hace ya cuarenta años, no es exagerado ni simplista. El mal tienen sus raíces en una manera idolátrica de entender la relación del hombre con Dios que atraviesa gran parte de la historia del cristianismo, y que no se resuelve partiendo exclusivamente del análisis de las estructuras sociales. Son unas raíces que dañan y sofocan al sujeto humano y que se han hecho el árbol con innumerables ramas de la sociedad occidental. Entonces se ve la relación sujeto-estructuras en las que este se exterioriza y se objetiva para los otros.

A la base, más en la tradición judeo-cristiana que en la grecolatina, está la gran utopía – alterada hasta hacerla irreconocible- de la libertad.

La cultura occidental ha interpretado la genuina tradición judeo-cristiana en clave grecorromana, haciendo de esta utopía el mito fundante de su identidad, al identificar la libertad con las estructuras sociales. El sujeto humano de la fe cristiana es devorado en nombre de la utopía de la libertad, por estructuras que pretenden ser su realización, y lo que hacen es transformarla en utopía destructora. Lo que empieza en la Edad Media pasa a la utopía liberal de la mano invisible y de la competencia perfecta, y de ahí a las utopías socialistas y anarquistas. En todas las fases y contradic-

ciones, en toda la llamada dialéctica hegeliano-marxista, prevalece la absolutización de estructuras y el aplastamiento del sujeto. Es la “sociedad perfecta” que devora al sujeto humano sea apelando a su salvación, al mercado o a la planificación. Las estructuras aplastan al sujeto porque le exigen buscar su liberación en la interiorización ciega de la estructura, sea como sistema de salvación, de libertades o de justicia e igualdad.

8.- ¿Respondiendo?

Frente a la sociedad occidental se trata de recuperar algo muy simple que resulta, sin embargo, extremadamente difícil: el sentido de la propia dignidad, que es gratuito, pero inherente a la persona. La posibilidad de vivir unos con otros sin que haya instancia superior que la vuelva medio en vez de fin, pues aquel que la ha creado a su imagen y semejanza, no solo es Amor, sino Libertad - “donde está el Espíritu del Señor está la libertad” y “para ser libres nos ha liberado Cristo”-. No está encima, sino dentro, más íntimo a nosotros que nosotros mismos, y al hacerse carne y huesos entregó su vida para defender la persona de todos los sábados, de todas las estructuras, de todo sistema de muerte que pretenden hacerse fin y absoluto al que sacrificar la humanidad de lo humano.

Poder comer cada día sin ser explotado, tener una casa sin hipotecar la existencia, tener educación y salud sin el coste de la alienación o el consumismo, sin destruir la naturaleza misma, disfrutar de un trabajo que humanice y transforme humanice la realidad sin dañarla y que sea bueno y útil para los demás... qué poco y ¡cuánto!. Cualquier respeto a lo humano empieza por ahí y los derechos humanos son papel mojado si no tienen prácticamente en cuenta estas minucias. Pero la sociedad occidental en cambio, desprecia estos elementos tan simples de la vida humana. Aspira a cosas más importantes, pero que al final destruyen el mundo mismo en el que también ella tiene que vivir. Habla siempre de una persona tan infinitamente digna, que tras ella y su libertad, lo humano concreto ha de ser anulado o eliminado.

Sea el pretexto conocer a Cristo, obedecer a Dios, salvar el alma, o que sea libre, demócrata, comunista o consumista: en nombre de todo eso se han borrado los derechos más elementales de la persona concreta. Es objetivo mediocre y egoísta, reconocer en cada ser humano que es fin en sí mismo. Es más importante la patria, la bandera, la paz, la seguridad, la democracia. En nombre de esas abstracciones se mata sin cesar, se esclaviza y se convierte la tierra en un inmenso cementerio, en un inmenso campo de refugiados sin padres, sin hijos, de mutilados y enfermos. Dante o Bach o Miguel Ángel son el orgullo de la civilización occidental y hoy la alta tecnología que consigue metas increíbles, pero debajo de tanta belleza, de tanta inteligencia corren océanos de sangre, ríos de lágrimas.

Reconocer que el mundo es el mundo de la vida humana, en el que todos tienen que poder vivir, es reconocer el mundo como el Amor *que mueve el sol y las otras estrellas* lo concibió contando con nuestra libre cooperación.

Ese es el trabajo por excelencia, la obra a la que somos invitados, la obra de Dios y sus hijos en este mundo. ¿Otro mundo es posible?. Posible, es. Pero empecemos por cosas simples, sencillas, concretas en esta sociedad tan compleja, sin caer en maniqueísmos, pero sí intentando distinguir la verdad de la mentira, el trigo de la cizaña.

9.- Acabando

¿En qué trabajar? En el nombre del realismo pragmático cualquiera responderá en lo que se pueda, en lo que te dejen, en un curro que te permita vivir.

Jesús nunca dijo que hubiera trabajos incompatibles con el ser cristiano. Al publicano le vio, le invitó a seguirle y a dejar la oficina de impuestos, pero con Zaqueo se sintió satisfecho con que devolviera lo que había robado y diera la mitad de su fortuna a los pobres. Se deja tocar por la prostituta y recibir sus lágrimas y su perfume porque *amó mucho* y no le dijo, como a la adúltera, que no

la condenaba, pero que no pecase más. Ni siquiera al centurión romano, de quien admiró su fe, le exigió que dejara su profesión militar. En sus parábolas habló de jornaleros y propietarios, sin cuestionar esta realidad. Increpa a los ricos, a los satisfechos, a los devotos hipócritas, a los que mezclaban la religión con el mercado y separaban a Dios del prójimo anteponiendo el sábado a la persona, pero porque riqueza genera pobreza, hartura genera hambre y el falso culto aleja a los pobres de Dios. A unos que se ofrecen a seguirle les dice que sigan con los suyos y les cuentan que Dios ha sido bueno con ellos. A otros les pone condiciones como al hombre que tenía muchos bienes, o a los que volvían la vista atrás. Y lo que decía a los que le quisieran oír, que trabajaran no por el alimento perecedero sino por el que da vida duradera, y a los discípulos que ha llamado les habla de un oficio que él no quiere para ellos ni para sí mismo: el del poder. A todos los poderosos, sean reyes de oros, de copas, de bastos, de espadas o del petróleo les llama déspotas y les critica que encima se hagan llamar *bienhechores*. En la comunidad de Jesús no será así. El más importante será el más pequeño, y el señor el servidor de todos, a semejanza de Él, que siendo el Señor vino, no a ser servido, sino a servir y dar la vida por los demás.

¿Eso significaría que, puesto que la política tiene como objetivo la toma del poder, el seguidor de Jesús no debe “meterse en política”? No. De hecho ha habido políticos como los demócrata-cristianos De Gasperi y La Pira y actualmente otro cristiano como Lula que, partiendo de lo que expresó Mounier: *Vivir es elegir entre impurezas*, han llevado y llevan adelante su compromiso creyente como *caridad política* al servicio de los oprimidos.

Con la economía Jesús es más tajante: *No podéis servir a dos señores... No podéis servir a Dios y al dinero*. Si uno está en negocios y quiere ser fiel a su Señor, ha de orientar su compromiso contra los intereses del capital y en beneficio de sus víctimas, lo que equivale a un “suicidio económico”.

El evangelio de Jesucristo, que no es ley ni sistema cerrado, tienen más matices que la garganta de un pájaro. A nadie se le niega su opción o estatus de entrada, ni siquiera si es amo de esclavos como Filemón de Onésimo: solo se les pide que se comporten como hermanos en el único Señor, lo que entraña la abolición práctica de esa horrenda relación laboral. La de criado o criada, jornalero o jornalera, que se mantiene con nombres diferentes no es mejor: la compra se sustituye por el alquiler en el mercado del trabajo. Si se contempla como inhumana la prostitución, entendida como alquilar el cuerpo para la satisfacción sexual, alquilar la fuerza de trabajo por un salario para subsistir, tampoco responde a la dignidad humana. Eso no tiene nada que ver con un castigo divino sino con la degradación en las relaciones humanas a consecuencia del extravío original. En la primera encíclica social -la “*Rerum Novarum*”- León XIII ya escribía que la materia sale ennoblecida de las fabricas, pero los hombres envilecidos.

No hay una alternativa válida que no sea la comunidad cristiana en permanente conversión. La comunidad de bienes, desde el monacato, si no se abre a los empobrecidos, produce riquezas y nuevos asalariados sometidos. Las comunas libertarias, las “arcas”, las cooperativas, o languidecen y se extinguen, o triunfan y se hacen competitivas asumiendo las pautas del mercado. Siempre hay que aspirar a la comunidad de pobres por el Espíritu abierta a los excluidos. Tengo presente una comunidad de matrimonios jóvenes con hijos en la zona agreste de Cantabria, que han construido viviendas “ilegales”, ecológicas y baratas para quienes gusten vivir y trabajar en el campo con un coste por casa de un millón de antiguas pesetas. Una oferta bien concreta para los que no ven otra alternativa que hipotecarse de por vida para disponer de un piso, un espacio en la colmena urbana. El amor es imaginativo y creador.

En todo caso, puesto que Jesús pedía para sus seguidores no salirse del sistema sino ser liberados del mal, permanece urgente para la mayoría, vivir, trabajar, estar bajo las estructuras de muerte en una tarea cotidiana, constante, apoyada en Dios y en los hermanos para no habituarse a la contaminación que embota los cuerpos y los espíritus. Esa es la lucha más concreta y eficaz, sin me-

noscabo de la lucha por la dignidad e igualdad de todos. Sin olvidar que ni el trabajo, ni la vivienda son un fin, aunque perderlos traiga privaciones severas. Defender derechos pisoteados de un solo compañero despedido injustamente, en este sistema siempre comporta conflicto y exclusión. Es el costo que siempre hay que pagar por tomar en serio y practicar que cada persona es un fin en sí misma.

También las más lejanas, de las que solo conocemos fugazmente sus rostros o sus cuerpos mutilados, cuando la tele nos da imágenes de campos minados, o territorios bombardeados o de niños armados. Esas minas, esas bombas, esas armas, pueden ser fabricadas por obreros que solo se acuerdan de “Santa Bárbara” cuando truena sobre ellos en sus atochas o pozos del tío raimundo. De hecho exportamos instrumentos de muerte, fabricados por obreros, paisanos nuestros, para que se maten en África o en Irak, en cualquiera de las más de cuarenta carnicerías de nuestro planeta, muchas de ellas ignoradas (¿Quién sabe algo de lo que ocurre en Sudán? Y ojos que no ven...).

Es difícil vivir informado. In-formado por el Espíritu sensible y por la realidad ocultada. Es un sin-vivir, pero que nos mantiene despiertos, lúcidos y vivos, sin que nuestra paz sea el resultado de la tranquilidad voluntariamente ignorante, sino de la paz del que trasciende todo sentido, e ilumina hasta el horror.

¿Y qué comprar con el fruto de nuestro trabajo, qué comer, qué beber, donde y cómo vestirnos? Jesús no fue nunca un asceta. Ironizaba sobre esas personas que denigran a los que no comen ni beben, como el Bautista. Y a él le tachan de comedor y bebedor, de amigo de publicanos y meretrices. En ese mismo espíritu Pablo declara que sabe estar en la abundancia y en la escasez. Dios creó un mundo excesivo, generoso. Todavía hoy, con lo que hemos devastado en tierra, mar y aire, podríamos comer y beber sin restricciones veinte mil millones de personas. Pero de las seis mil que estamos, el mayor índice de muerte es por hambre y por derivaciones relacionadas con la desnutrición.

Amigos bien informados me han pasado información fiable y contrastada que para mí ha significado una luz para concretar pequeños compromisos diarios que me ayuden a no ser engullido por el sistema que hoy puede calificarse como sistema de consumo, y me he hecho “apóstol” de marcas registradas a las que declarar el boicot en nombre de los millones de víctimas consumidas por la virulencia letal del mercado. Y digo a los jóvenes que está muy bien ir a Galicia para combatir los efectos del “Prestige” y desplazarse a los foros internacionales para reclamar que “otro mundo es posible”. Pero que poco harán si siguen dependiendo de las “marcas” y etiquetas del sistema que abominan y sin embargo se filtra por los poros y las venas de su existencia.

Yo no voy ahora y aquí ha citar por su nombre a los enemigos para rematar un trabajo sobre el trabajo, que a mí mismo me parece caótico y absurdo, pero que así ha salido. Sí creo que la mejor arma contra la guerra, sus causas y consecuencias es consumir responsablemente para la paz. El boicot al mercado que no solo incumple el protocolo de Kioto para reducir los gases de efecto invernadero o los acuerdos contra los ensayos de armas nucleares o misiles balísticos o minas terrestres, etc. sino que impide a los pobres vivir, es —debe ser— para los cristianos una expresión actual de que no se puede servir a dos señores.

En este enorme basurero que rebosa, no basta con reciclar, es mejor consumir lo que necesitamos, que es poco, y no solo por no servir al sistema sino positivamente por amor, que es la gran tarea de nuestra vida. El reino de Dios no es comida ni bebida, pero sí compartir comida y bebida con el hambriento y el sediento.

Las sencillas palabras y hechos de Jesús cobran su perenne actualidad cuando las encarnamos en pequeños actos que sortean la complicada red de seductoras mentiras que nos invitan desde la taza del baño hasta los guiños de los centros comerciales, pasando por las etiquetas de las ropas y de los calzados. Frente a la cultura del usar y tirar, la cultura del conservar y remendar a la espera de lo nuevo.